



FIESTAS CRISTIANAS.



La adoracion de los reyes.

Sin disputa alguna, puede considerarse esta fiesta como una de las mas interesantes del catolicismo. Es la fiesta de las familias por excelencia. ¿Qué cosa hay tan maravillosa como su origen? Su nombre, que es *Epifania*, quiere decir

25 de Diciembre de 1851.

TOMO IX. 34

aparición; y con efecto, es la aparición del nuevo mundo al antiguo; la aparición de la luz cristiana á las tinieblas del paganismo; la aparición de Jesús naciente á los viejos sabios de la antigüedad. Ya hacia muchos siglos que los hombres gemían en medio de la ignorancia y de la esclavitud, cuando César Augusto mandó por un edicto el empadronamiento general de toda la tierra. Un pobre carpintero llamado Josef partió de la ciudad de Nazareth en Galilea, y pasó á Judea, á la ciudad de David, con el objeto de empadronarse con Maria, su esposa, que se hallaba próxima á ser madre. Mientras que hacían una parada en Belén, la joven esposa dió á luz su primer hijo, y habiéndole abrigado del mejor modo que pudo, le recostó en un pesebre, entre un buey y una mula, porque la infeliz criatura no tenía otro parage donde refugiar su indignancia. No lejos de allí habia pastores que pasaban las noches en los campos, porque así lo exigía la perenne custodia que hacían á sus rebaños. De repente se presentó á ellos un ángel, rodeado de una claridad divina, lo cual ocasionó á los pastores la mas estupenda maravilla. El ángel les dijo entonces: «No temais nada, pues os traigo una nueva que será para el pueblo objeto de extraordinario regocijo y de singular contento. En la ciudad de David acaba de nacer un Salvador, que es el MESIAS prometido.» Y mientras que Jesús se revelaba de esta manera á los pequeños y á los desgraciados, aparecía en Oriente una estrella para los grandes y para los ricos, y seis dias despues, tres magos y su lucida y espléndida comitiva, guiados por el luminoso astro que marchaba delante de ellos, llegaron al portal de Belén, y adoraron llenos de caritativo fervor al niño recién nacido. Despues, abriendo sus tesoros, le ofrecieron oro como á un rey, mirra como á un redentor, é incienso como á Dios.

¿Qué epopeya se encontró nunca tan sencilla y tan sublime á un mismo tiempo? Estos magos y sus comitivas representan todas las naciones, todas las razas y todos los tipos de la humanidad, llamados en un mismo instante al renacimiento y á la redencion que se hallaba en un miserable pesebre, pero donde aparece la clara y brillante luz de una nueva civilización.

Por eso la fiesta de los reyes es la fiesta de todos los pueblos y de todas las clases de la cristiandad; el aniversario de la universal expansion y de la igualdad delante de Dios. Este dia, el rey mas grande se convierte en súbdito, y el mas humilde súbdito se trasforma en rey por una hora. Nos referimos á los festejos que se practican en algunos paises en ocasion de este sublime aniversario.

Los precedentes de esta festividad en España vienen á ser una diversion grosera y antisocial, que aun no se ha desterrado. La vispera del dia de los Reyes vemos que discurren por las calles, con especialidad las de Madrid, infinidad de sencillos asturianos, que cargados con su enorme escalera, y alumbrados por hachas de viento, entre algarza y cerraduras, van lleros de inocente credulidad á esperar á estos antiguos magos, de los cuales esperan dádivas y presentes que labrarán su fortuna. La conclusion de esta broma es el desengaño y la desesperacion de la victima, que á veces es maltratada, y llega á ser objeto de bromas soeces por parte de sus mismos seductores.

Seria de desear que se desterrasen de una vez unas costumbres que tan poco armonizan con el progreso civili-

zador que se deja sentir en nuestra sociedad actual. Creemos que nadie mejor que el gobierno se encuentra en el caso de remediar este abuso, para quitar enteramente toda la parte ridicula y brutal con que se celebra una fiesta tan sublime de suyo, y de origen tan cristiano y respetable.

M. DE F. F.

LA CASTELLANA DE MONFORT.

LEYENDA HISTORICA DEL SIGLO XIV.

I. EL CASTILLO FEUDAL.

Era el amanecer de un dia del caloroso julio, mes en que los campesinos dejan áridas y pedregosas las llanuras, recogiendo las doradas espigas que poco antes las cubrían, y en que despojan los árboles de los sabrosos frutos que han de servir para las mesas del poderoso. Una atmósfera sofocante cubre la tierra mientras dura aquel mes, y nunca las cimas de los montes dejan de verse coronadas por una neblilla de un color pálido. Solo corre un poco de aire cuando desaparecen lentamente las tinieblas de la noche, y cuando los rayos de la aurora iluminan poco á poco todos los objetos, desde la colina mas elevada hasta el valle mas profundo, y hasta el mas olvidado barranco. Por entre las ramas de los frondosos árboles, penetran los rayos del sol, débil en su principio, y á quien acusa de perezoso el rocío que cubre todas las plantas. La corpulenta aya y el elevado pino son mecidos suavemente por la brisa matinal, murmurando al compás de los melodiosos cantos de las avecillas, que saludan el despertar de la naturaleza. Todos los seres se reaniman, y sacuden su letargo, y vuelven á la vida, desde el pastorcillo que conduce sus ovejas al cercano valle, hasta el reptil que arrastrándose por la tierra, apaga su sed en algun cristalino arroyo. ¡Con cuánto afán corren los labradores á sus campos, y con que aliento continúan las faenas comenzadas! Todo es animacion y movimiento en las campañas: aqui paca un rebaño de corderos, allí resuena el azadon desmenuzando gruesos terrones, mas allá se alcanzan los frutos de los árboles, ó se conducen á lejanos paises.

No sucede lo mismo en las fastuosas ciudades. Sus habitantes descansan en los brazos de Morfeo: solo algun vigilante centinela interrumpe el silencio de la mañana con el crujir de su pesada armadura, ó cantando alguna sentida y amorosa balada. Empero, no son solo los campesinos y los atalayas los que ven asomar la aurora por entre los cercanos montes, que tambien hay quien respira temprano el fresco ambiente que templá los ardores de julio. Mirad hácia aquella senda casi toda cubierta de verde cesped, y vereis como camina y como avanza pafando vanidoso un tostado alazan, que sustenta en sus lomos un guerrero joven, muy joven, pues á juzgar por sus débiles miembros, y por la rubia cabellera que sale por debajo de su casco, contará diez y ocho abriles. Y ¿donde va tan temprano y tan gallardo mancebo, si solo asoman por la llanura miserables chozas, y el castillo que se eleva allá á lo lejos en un picacho

está cerrado y no se ve en sus muros ningún ser viviente? Pues á él se encamina, allí debe de estar pronto, porque le aguardan, y quien le espera no es ningún vasallo, sumiso ni ningún noble orgulloso, sino que es nada menos que la bella y jóven castellana, la linda y rica hija del poderoso señor de aquellas tierras. Dejemos que el ginete avive á su brioso corcel para llegar cuanto antes, que nosotros daremos una rápida ojeada á la fortaleza, á donde dirige sus pasos.

Imponente es el aspecto del castillo: gruesos torreones le flanquean por todos lados, y sus negruzcas murallas son de una grande elevación. Un ancho y profundo foso le rodea lleno de agua súcia y verdosa, donde acuden á mojar-se y á sacudir sus alas algunas aves feas y de mal agüero. Pocas son las ventanas que aparecen en sus muros, pero en cambio están defendidas por gruesas barras de hierro, que solo darian paso á una mano. También la puerta con su puente levadizo presenta todo el respeto que merece un castillo feudal, y los horrores de la guerra, los estragos de las máquinas bélicas y las señales del tiempo están grabadas en sus torres albarranas y fuertes empalizadas. En un lado se ven gruesas piedras conmovidas y apartadas de su sitio por el empuje violento de algún ferrado ariete: por el otro se conocen hendiduras más ó menos profundas, que admiraría hubiesen sido hechas con una pesada maza de armas; mas allá aparecen en los torreones grandes manchas negruzcas, que demuestran han tenido que defenderse sus habitantes, vertiendo aceite y pez hirviendo sobre los sitiadores. Todas estas señales quedan aun despues que la paz cubre con su piadoso manto el territorio devastado por los estragos de una guerra; pero en la época en que empieza nuestra narracion, las llanuras de Monfort no tenían que deplorarla. El señor de la fortaleza recibia pleito homenaje de todos sus vasallos, vivia en la misma, ocupándose solo en los placeres de la caza, y aquellos gozaban de una envidiable dicha, regando la tierra con el sudor de su rostro, pero sin temer la rapiña del extraño, ni la tiranía del dueño. Sus mugeres y sus hijas vagaban libremente por los campos, sin temer las asechanzas funestas del poderoso; y sus cortas haciendas florecian sin verse saqueadas ó entregadas á las llamas por el capricho del señor feudal.

Illuminaba ya el sol con un color rojizo la mas elevada almena del castillo, y aun no habia en ella ninguno de esos seres desgraciados á quienes se encargaba en la edad media la vigilancia de las fortalezas. Sin duda estaria entregado el enano de Monfort al sueño mas profundo, cuando no avisó con el agudo sonido de su corneta la llegada de un personage que por las precauciones que tomaba para atar su corcel en el tronco de un árbol, se hubiera conocido deseaba no ser visto. Era el gallardo guerrero que poco ha se apresuraba en llegar junto al viejo edificio, y justo será demos una idea, ya que no de su persona, á lo menos de su apuesto traje.

Vestia un jubon de raso azul ceñido en la cintura y sus mangas angostas, en los puños eran muy anchas y afolladas sobre los hombros. Las calzas, ajustadas como se acostumbaban llevar en aquel tiempo, eran de un color oscuro, y negro su calzado con una punta muy larga á la polaina. Pendia á su lado izquierdo una daga francesa, y el sobrecapote que traia era de belarte morisco con una franja de velludo de Castilla. Solo formaba contraste con

ese traje tan lijero un reluciente casco, que por los rayos que despedia al sol hubiera descubierto á su dueño, si los campesinos que encontrara al paso no reconocieran en él, al jóven y noble don Fernando de Bofaurá. Despues de haber atado su caballo, dirigió una mirada indagadora hacia el muro del castillo, donde habia una angosta ventana, defendida por doble reja de hierro, é iba á dirigirse á ella, cuando recordando estaba el foso lleno de agua acercose á un viejo y carcomido barquichuelo que flotaba olvidado, y entrado dentro á riesgo de zozobrar, ayudose de un remo y llegó al pie mismo de la ventana. Todavía le quedaba algo por hacer para lograr sus atrevidas intenciones, pues sacó del sobrecapote una larga cuerda llena de nudos y con un garfio en un extremo, la arrojó y clavó en un hierro de la ventana con la mayor facilidad. Probaba tal arrojito que ya estaba acostumbrado á ejecutarlo otras veces, pues apenas quedó segura la cuerda, subió por los nudos con bastante lijereza, y sentado en el ajimez de la ventana llamó débilmente, hasta que oyéndole de dentro abrieron, y asomose radiante de juventud y hermosura una gentil castellana.

II.

LA CASTELLANA.

Unos diez y ocho años contaba la hija del poderoso baron de Monfort, y la belleza admirable de su rostro, junto con los ricos dones que recibiria el que la obtuviera por esposa, atraian las codiciosas miradas de los principales señores del territorio. Bien conoció el baron el amor con que se correspondian Clorinda y Fernando, joven de corta edad, y que, hijo de unos nobles vecinos de sus estados, habia servido en calidad de page en el castillo, aprendiendo los primeros rudimentos de las armas; pero deseoso de engrandecer el poderio de su casa, contrató las bodas de su hija con Enguerrando de Creuilles, quien pensaba hacerla pagar caros sus desdenes. Fernando ignoraba entretanto las intenciones del padre de su amada, y por lo mismo se consideraba dichoso viéndose correspondido por Clorinda, con quien tenia el grato placer de hablar todas las mañanas, de un modo tan peligroso, que si cayera no saldria ya mas de entre las cenagosas aguas que llenaban el foso. ¡Pero es tan dulce ver el objeto amado! y cuando éste es un modelo de virtud y hermosura con quien se ha estado ya unido con los tiernos lazos de la infancia, ¡es tan venturoso el momento en que se confian mutuamente sus ilusiones y sus sueños, sus penas y sus esperanzas! Asi es que la castellana de Monfort no ponía el menor reparo en acudir candorosamente á las citas de su novel caballero; pero aquel dia, alguna inquietud heria su corazon de doncella, que no pudo menos de admirarse y decirle:

—¡Fernando! tú aqui....

—¿Te extraña mi venida? repuso el page con alegre acento. ¿No vine ayer tambien? ¿no vengo todos los dias ofrecerte mi amor y mi débil brazo? ¿No es ésta la hora mejor para que nadie nos vea? ¿No respondes?... ¡Cuánto echo de menos aquellos tiempos en que pasaba á tu lado todo el dia, y en que ambos risueños corriamos juntos y alcanzábamos de las almenas los nidos de los pájaros! ¿Te acuerdas?

—Bien me acuerdo, Fernando, pero ¡ay! que no volverán jamás....

—¿Por qué no han de volver, Clorinda? ¿No hemos de ser felices nosotros que nos hemos jurado amor eterno, que nos hemos criado juntos cual hermanos y hemos nacido el uno para el otro? Mira, ya pronto veremos cumplidos nuestros deseos, porque luego podrás llamarme tu caballero. No, está lejos el día en que me calzarán las espuelas doradas, y no seré ya mas tu pobre page Fernando, y podré llevar tus colores, y con el recuerdo de tu amor, venceré en los combates.

—¡Ay Fernando! yo no veo como tú un porvenir tan risueño...

—¡Cielos! ¿Por qué Clorinda, no estás alegre cual siempre? ¿Por qué me ocultas la causa de tu tristeza? ¿No podré vengarte del atrevido que causa tus penas?

—No, Fernando, no, que es mi padre.

—Tu padre! repuso tristemente el page.

—Si, mi padre, que no contento con apartarte de mi lado exige ahora darme mi mano á Enguerrando de Creuilles, ese hombre feroz, á cuyo solo aspecto tiemblan todos sus vasallos.

—¿Y tú, Clorinda, qué has hecho? ¿habrás aceptado?

—¡Fernando! ¿Podré ser de nadie mas sino de tí? ¿No he jurado ser tu esposa? Primero te seguiria á un pais extraño dejando mi familia y mis bienes, que renunciar á tu cariño, y unirme con el de Creuilles.

—Gracias, bien mio ¿cómo podré pagarte tanto amor? Tú vuelves la alegría á mi corazon y la fortaleza á mi alma. Sin tí, no sería mas que un pobre doncel, pero con tu amor venceré en los combates; resonará la fama de mi nombre en lejanos paises, y todos, todos mis triunfos los rendiré á tus pies.

—Pero, Fernando, no es todo eso: al negarme á obedecer á mi padre, ha exigido éste, y ¡ay de mí! he consentido en ser la esposa del que mañana venciera en el torneo, y quien sabe si serás tú el vencedor.

—¿Ignoras acaso que un page no puede lidiar con caballeros?... Mañana, sin embargo, me contarán estos en su número, y dichoso yo si venzo á Enguerrando. Pero, y si soy vencido ¿crees que osaré presentarme ante tí jamas?

—Entonces, nadie obtendrá mi mano, porque, Fernando, te lo juro ante el sol que nos alumbrá, ó seré tuya ó esposa del diablo....

Apenas pronunció este juramento la hermosa castellana, cuando resonó á los pies de los dos amantes un trueno sordo y profundo, conmoviéndose las aguas del foso como si hubiese caido dentro algun pesado cuerpo; la barquilla recibió dos ó tres sacudimientos, é iba á apartarse del muro, si presto no bajara Fernando, dando un adiós á su amada. Recogió el page la cuerda, y empujando hácia atrás el viejo esquife con el remo, saltó en la opuesta orilla no sin que antes reparase en un feo rostro que con risa sardónica le clavó la vista desde el fondo de las turbias y removidas aguas.

III.

EL TORNEO.

La gran plaza del castillo está adornada con mucha ostentacion y aparato. Una valla de madera cierra el espacio lleno de arena donde deben lidiar los caballeros que ro-

dean la fortaleza, y gran número de banderolas de varios colores ondean elevadas en diversos trechos. En un extremo un tablado, adornado de costosos paños bordados con las armas del baron de Monfort, sostiene diez ó doce músicos, que con pifanos, clarines y trompetas, pueblan el aire de melodiosos acentos. En el lado opuesto se eleva un espacioso catafalco, adornado de vistosos lienzos; y en medio está sentada Clorinda de Monfort, radiante de hermosura, y rodeada de muchas damas y señoras que asisten á la justa precursora del himeneo. Viste la castellana rico traje de ropa de Venecia; un tabardo de dos colores cubre y ciñe su cuerpo, y oculta sus cabellos una toca á lo Valois. Los heraldos y reyes de armas disponen las parejas de los caballeros, miden sus lanzas embotadas, y vocean los retos, mientras que los criados del castillo colocan los espectadores, que á la fama del torneo han venido de mil sitios diferentes para presenciarle. Todo es confusion entre los forasteros, los vasallos y los paladines, que no pueden reprimir el brio de sus corceles; cuando á una mirada del baron reina el mas profundo silencio, y resonando los clarines entran en la arena los primeros que van á disputarse un premio tan grande cual es la mano de Clorinda. Porque Monfort está enfurecido con su hija, y ya que no quiere recibir al de Creuilles por esposo, tomará el que le depare la suerte de las armas. Entretanto Enguerrando cuenta con sus fuerzas hercúleas, y presenta en su divisa una llave con este mote altanero: *Seré su dueño*. Su contrario es francés, y va vestido de blanco, y hasta blanco es el alazan que monta, ansioso como el ginete de vencer y coronarse de gloria en la justa. Ya les parten el sol, ya embrazan sus escudos, y bajan sus lanzas en ademán de herirse mortalmente; y se apoyan en los estribos como si quisieran alijar el peso á sus palafreños para que corran mas lijeros. Pero el del caballero *de la llave* se asusta de su ondeante penachó, y no parte de frente á encontrar á su enemigo, sino que traza un semicírculo, y aquel llega hasta el trono de Clorinda, y hasta allí no puede detener el ímpetu veloz de su caballo. Resuenan segunda vez las trompetas, y colocados luego en su sitio, embistense de nuevo, y al choque violento de sus lanzas, saltan estas hechas astillas; pero va á clavarse una en el brazo del caballero *blanco*, y es proclamado vencedor el *de la llave*. Se apresura este en ir á recibir el premio de manos de la linda castellana, cuando estallan en un lado de la plaza gritos y aclamaciones, vuelven todos el rostro, y ven un caballero lleno de polvo, armado de pies á cabeza, cubierto con una sobrevesta azul, la visera calada, y este lema en el escudo: *¡O mia ó del diablo!* ¿Quién será este guerrero? preguntan por todas partes; solo lo adivina Clorinda, y palidece. Entretanto salta el nuevo paladin la valla, y con voz conmovida grita al de Creuilles, que queda estupefacto: Enguerrando, aqui está tu vencedor; soy tu rival y te odio tanto como tú á mi, y si no eres un cobarde ven á romper conmigo una lanza, que ya no soy el page Fernando. Dice y se descubre, y parte á ocupar su sitio, admirando todos tanta gallardía en tanta juventud, y tal atrevimiento en tan pocos años. A su vista rugió de cólera el de Creuilles, y monta otra vez á caballo, y empuña nueva y pesada lanza, capaz de destruir de un solo golpe á su rival y á su corcel, que tanto como su dueño desea emiece el combate. Se miran fijamente; resuenan los clarines, y parten uno contra otro con furioso ímpetu,

mas ray que Fernando no resiste la violencia de su contrario; y recibe en el pecho tal bote de lanza, que cae de espaldas, y es arrastrado largo trecho por su caballo. Apresúranse los escuderos y pages á levantarle, y le trasladan desfallecido á un aposento del castillo; tiene la armadura inundada de sangre, y á borbotones le brota de sus ojos. Continúa empero la fiesta del torneo, pues entre el delirio que se apodera del herido clamando ¡maldicion! ¡maldicion! oyesse el sonido de las trompetas, el ruido de las armas, los relinchos de los caballos, y la algazara de los vasallos; y á través de las llamaradas de fuego que ofuscan la vista de Fernando, creé ver á Clorinda coronando, y dando la mano de esposa á su venturoso rival, si bien no distingue muy á las claras si lo hace con triste ó placentero rostro.

IV. LA BODA.

¿Cuánta alegría reina en todo el territorio de Monfort! ¿No ois la algazara de los vasallos? ¿no veis como bailan los campesinos y cómo beben brindando á la salud del señor feudal? Allí miran todos con grande atención quién ganará el premio colocado á una altura difícil de subir; mas allá disparan al blanco sendos saetazos, también para obtener el premio ofrecido al mejor flechero, y no tardarán mucho en disputarse otros premios en la lucha y en la carrera. ¿Pero á qué viene tanto alborozo? ¿por qué está la fortaleza señorial adornada de flámulas y banderolas? ¿por qué ostentan tan ricos vestidos, barones y escuderos, damas, pages y soldados? ¿Ha venido acaso el rey de Aragón ó algun legado del papa á visitar al baron de Monfort, ó son las bodas de su linda y poderosa hija? Eso es, se casa Clorinda; mas no con el pobre Fernando, sino con el soberbio caballero Enguerrando de Creuilles. ¡Dí, desdichado page, de qué te ha valido consagrar á esa falsa castellana tu amor desde la niñez? ¿De qué te ha servido armarte caballero, presentarte en el torneo y recibir peligrosas heridas, si no ha de ser para ti el premio? ¡Oh pérdida, Clorinda, cómo le has engañado! ¿No dijiste abortecías á Enguerrando, y ahora no te opones á ser su esposa? ¿No dijiste solo serías del amigo de tu niñez, del compañero de tu infancia, del bueno y valiente Fernando, y ahora le abandonas? ¿No juraste ser antes del infierno, que dejar de partir con tu page el tálamo nupcial? Si lo has olvidado, no falta quien lo tiene bien presente, y ¡guay de la perjurá!

Daban las doce en el viejo campanario del castillo, y la misma hora repetían los campanarios de las aldeas cercanas con el toque de oraciones, cuando acababan de recibir la bendición nupcial en la capilla de Monfort, Clorinda y Enguerrando. No puede describirse el júbilo que llenaba todos los corazones de los convidados, ni el lujo y magnificencia que rodeaba por todos lados á los opulentos consortes: solo gemía un caballero jóven en el lecho del dolor, y mas de ira que á causa de las heridas que recibiera en el torneo del día antes. Pero tú quedarás vengado, Fernando, porque aquellas palabras *seré tuya ó esposa del diablo*, las repiten todavía las turbias aguas del foso que las oyeron, y las guardan esculpidas las piedras del muro que lo presenciaron.

Llega la hora del convite y ocupan los convidados los escaños colocados ante una dilatada mesa llena de ricos y sabrosos manjares. Desde la mas delicada fruta de Oriente, hasta la mas escogida caza del Rosellón y Gascuña, se halla interpolado con abundante variedad de pesca; tanto del mar proceloso, como del manso riachuelo. Menos se admira la multitud que la rareza de los variados condimentos, pues ni falta el faisán, ni el jabali, y hasta un corpulento ciervo luce en medio de la mesa sus astas doradas. Los juglares distraen con sus chistosos juegos á los guerreros: á las damas entonan tiernas y amorosas canciones los trovadores, y á todos alegran los sonidos marciales de los instrumentos, que manejados desde un tablado por diestros músicos, llenan el aire de mil melodías diferentes. Todo es bullicio y algazara. Chocan las copas unas con otras á medida que se multiplican los brindis en honor de los esposos. La alegría va trocándose poco á poco con los vapores del vino de Chipre en loco frenesí. Mas hé aqui que de repente paran todas las acciones y palidecen todos los semblantes, al reparar en un pavoroso personaje que entra y se adelanta hácia Clorinda con pausados pasos. Es un guerrero de elevada estatura; cubierto de negras mallas, y al través de la visera calada, brillan chispeando sus fieros ojos. ¿Qué querrá este extraño? susurran los mas animosos ¿es este modo de turbar el regocijo de un himeneo? Pero bien pronto les saca de duda Luzbel, porque es el mismo diablo con su hórrida figura, quien dirigiéndose á la castellana desmayada, *soy el esposo que escogiste*, dice, y la arrebató por la cintura, y desaparece con ella lanzándose por los aires. Una nube de humo rodea á todos los convidados, y el castillo oscila breve rato sacudido por un temblor violento. Es fama que aquella noche resonó por todo el territorio de Monfort un trueno profundo, y al día siguiente grandes grietas en los peñascos, y corpulentos árboles derrocados demostraron que habia sucedido alguna cosa extraordinaria, y aquel espantoso suceso le recuerdan sus moradores con el nombre de *las Bodas del Diablo*.

F. J. Y. G.

EL LIBRO DE MEMORIAS.

Es una yerdad probada que los hombres viven de recuerdos; así yo, que suelo crearme hombre en mis ratos de mal humor, que, sea dicho de paso, tienen ya mas de humor que de ratos, así yo, decia, suelo entretenerme recordando mis primeros años, ya que por mi desgracia no puedo todavía recordar mis últimos.

La memoria, ese don inapreciable segun la mayoría de los hombres, y molesto y perjudicial segun algunos pocos, es la base principal de nuestras acciones y nuestras ideas. Se puede vivir sin entendimiento, y no solo se puede vivir, sino que se vive muy descansado; se puede vivir sin voluntad, como viven los esclavos; pero sin memoria, jeso es imposible! Asi dice la multitud, asi piensa el inmenso número de inteligencias de dos costuras para quien el recuerdo de la comilona de ayer y la esperanza del juego de mañana, son las mayores delicias de su feliz existencia.

HEMEROTECA
MUNICIPAL



Pero para el que mira la felicidad en las sensaciones del alma, en los afectos del corazón, en los triunfos del talento, la memoria es un suplicio, y cada recuerdo una espina más en la corona que rodea su frente; otro ¡ay! de dolor que arranca de lo profundo de su seno.

Las dichas vierten en nuestro ser un bálsamo que al punto se evapora, un licor que apenas paladeamos; ¡qué necesidad hay de recordarlas si ni aun tenemos noticias más que de su principio! Los infortunios dejan en nuestra vida, en nuestra alma, hasta en nuestras facciones una honda huella que ni el tiempo puede borrar, ¡á qué recordarlos si los vemos siempre, si siempre son un cierto número reproducido en cantidad hasta el infinito! Las desgracias son siempre unos mismos seres con distintas caretas, ó valiéndonos de un dicho vulgar y más exacto, *unos mismos perros con distintos collares*.

¡A qué recordár la horfandad, cuando se vive experimentando sus efectos! ¡á qué la pobreza, cuando quizá nuestros pensamientos son hijos de ella! ¡á qué traer á la memoria las horas más amargas de la vida, cuando hasta la muerte, que debía ser una hora feliz, no es otra cosa que otra hora más amarga!

¿Pero á dónde voy á parar con este tono de tragedia? Estas reflexiones son buenas para decírnoslas en el lecho: allí, donde mientras los demás rabian por divertirse, nosotros nos divertimos rabiando. ¡Pero para el público que paga por distraerse, es locura escribir de esta manera! Volvamos á la cuestión, ó por mejor decir empecémosla: pongamos orden á nuestras ideas, y digamos algo del libro de memorias. Para esto es necesario empezar por el principio, escribir con arreglo, organizar nuestros pensamientos, y éste es inmenso sacrificio para mí. Solo conozco una cosa peor que las ideas, y ésta es la precisión de ordenarlas.

No hablaré del libro de memorias, según existe en el día. Ahora el libro de memorias se ha refugiado en las petacas y en los bolsillos. El libro de memorias actual se compone de tres hojas de papel con las señas de la habitación de una modista ó un pedante, una frase de doble sentido, y cuando más un número de la lotería. Concluye el libro de memorias con diez ó doce tarjetas con el nombre de su dueño que parecen lápidas mortuorias. Aquello es enterrarse en vida. Solo falta el *ci git*, y el libro de memorias se convierte en nicho.

Eso no es libro, ni menos de memorias. Es, lo menos una tontería, lo más, una ridiculez. Yo voy á hablar del verdadero significado de un libro de memorias: si este no existe real y verdaderamente, no es mía la culpa. A la sociedad actual todo se la vuelven nombres; ha llamado á un mueble *libro de memorias*, y vamos á juzgarle tal como debe ser, si existe alguno.

Libro de memorias debe ser aquel en que el hombre apunta sus recuerdos para que no se le olviden ó para enseñárselos á todo el mundo. Una de dos, ó se apuntan los recuerdos, y en ese caso es inútil el libro, porque como nos hemos acordado diez veces nos acordaremos once; ó se apuntan las aventuras, en cuyo caso ya no es *souvenir*, sino libro histórico. Si es libro de fechas es distinto; hay seres que no contentos con recordar minuciosamente sus desgracias, apuntan y localizan los menores detalles; es como un reo que copiara después de morir su sentencia de muerte. Esto se podía evitar no soltando de la mano el lapicero y el

libro, y no cesando de apuntar á izquierda y derecha, de frente y por la espalda, todos los recuerdos que nos vienen á la memoria; lo que sería operación pesada, y un si es no es pacientísima.

Para copiar fielmente nuestras memorias en el librito, sería preciso que todas las cosas que nos sucedieran dignas de perpetuarse, las estampáramos en sus páginas. Las dichas, como son pocas siempre, no necesitan recordarse, siempre las sabemos; sucede, pues, que las desgracias son lo único que quedaba por apuntar, y como las desgracias son ridículas para los que no las sufren, sucedería que el que se encontrara un libro de memorias pasaría un rato divertido. La primera hoja diría: «El día, etc.... me engañó A*** dando su mano á S*** después de haberme jurado amor eterno.—El día, etc.... me vendió mi amigo Z*** después de....» y lo demás que se sigue. ¡A dónde íbamos á parar!... Era preciso no tener amor propio para escribir tales cosas. Hacer eso era como si dos buenos jugadores de ajedrez publicasen á voz en grito en el acto todas sus torpezas del juego, y sea dicho de paso, la comparación no puede ser más exacta. Ni los hombres valen más que los monigotes de madera, ni una desgracia es otra cosa que una mala jugada.

Por lo demás, el que se propusiera cumplir con la obligación que impone un libro de memorias, tendría que renunciar, como hemos dicho antes, á su amor propio y á sus esperanzas. El libro de memorias tal como debe ser, es una confesión tácita y explícita de nuestra torpeza en dejarnos engañar, ó nuestra desdicha en ser repetidas veces engañados. Recordar nuestras desdichas guardar las hojas secas de una rosa, cuyas espinas nos hubiesen pinchado al cogerla.

Es inútil decir que estoy firmemente persuadido que no se tiene el libro de memorias para estampar en él nuestras victorias ni nuestros ratos de placer. La felicidad es una planta que hasta el ambiente marchita, y que no debe tener nunca otro invernadero que nuestro corazón. Inspeccionarla y hacer su análisis para copiarla es perderla.

De aquí resulta que un libro de memorias es el *memento homo* escrito en diversos idiomas. Solo debe escribirse lo raro, lo no general y siendo el *memento homo* lo único que en todos nuestros sucesos vemos, es inútil, necio ó inconveniente llenar de *mementos* unas cuantas hojas de papel blanco. Quieren buscarse las palabras que emplea la iglesia al ponernos la ceniza en la frente, apelemos á la vida real y positiva y ni tiempo tendremos para escribirlas. ¿Qué es el beso de una mujer sino el *memento homo*, que estos labios han recibido tu fuego y así recibirán el de otro? ¿qué, el apretón de manos de un amigo, sino el *memento homo*, que esta mano que estrecha la tuya llegará á venderte mañana? ¿qué son en fin las promesas de un ministro, la profesión de fé de un periodista, los juramentos de una mujer? Es preciso acaso apuntarlos para que no se nos olviden? No por cierto. No hay libro de memorias como nuestro corazón. Sus hojas blancas y tersas se arrugan con el tiempo y se manchan con la tinta de los engaños; ¡ay del hombre que llega á ver ocupadas por sus recuerdos, todas las hojas de su corazón!

El libro de memorias es una palabra: no existe en su verdadera acepción, más que en nuestra alma; esos tarjeteros, *souvenir* y petacas que suelen contener tres ó cuatro

hojas de papel, son el símbolo de nuestro siglo; lo sublime al lado de lo ridículo, el alma al lado del cuerpo, lo espiritual al lado de lo material.

No es, pues, un libro de memorias lo que debiéramos tener. Un libro de olvidos es lo único que nos hace falta. Si solo por escribir en el cuanto quisiéramos borrar de nuestra imaginación se borrara completamente ¡cuántas manos se necesitarían para cumplir fielmente con esa carga!

Hay ciertos años en la vida del hombre, donde la felicidad se presenta probable, donde la dicha llega a ser posible y donde la esperanza es la dueña de nuestro corazón. Los goces y los tormentos del amor, ese malestar que trastorna nuestras ideas, ese fuego que agita nuestra mente, esos accesos de escaso valor pero de inolvidable recuerdo que se graban en nuestra alma para no borrarse nunca, son nubes de oro y grana, pasajeras como la vida, momentáneas como la ventura. La misma mano que se complace en regar las flores de nuestra fantasía, se divierte después en despedazarlas. Entonces la naturaleza es nuestro libro de memorias. No oímos una palabra que no nos recuerde otra de nuestros tiempos felices; no pisamos una planta que no nos traiga a la memoria las que besábamos con entusiasmo, por haberlas tenido en su boca la mujer a quien amábamos....

Ese es el libro de memorias; la vida misma es nuestro recuerdo. Vuelve la primavera y trae las mismas flores, vuelve siempre el invierno con sus mismos hielos; la naturaleza se renueva, se viste cada año. Solo nuestra dicha no vuelve nunca. Solo la primera ventura es la verdadera; las que luego reaparecen, son parodias de la anterior, y solo sirven para recordarnosla. El primer beso de amor que da una mujer, es el único verdadero; los sucesivos solo sirven para figurar en un libro de memorias.

L. M. DE LARRA.

ESTUDIOS SOBRE MI JARDIN.

HISTORIA DE UNA MARGARITA Y DE UNA ESPIGA DE TRIGO.

Soy extremadamente apasionada por las flores, por esas sonrisas aromáticas de la naturaleza, pero aunque las quiero tanto, mi jardín entero no es para ellas.

Además de los céspedes que después de ofrecerme su alfombra en mis paseos van a proveer de heno los pesebres de mi caballeriza, además de los árboles que alternativamente dan con sus hojas sombra a mi cabeza, y el jugo de sus frutos a mi paladar, yo reservo todos los años un pequeño rincón de mi cercado para sembrarle de trigo.

¡Qué monstruosidad! direis: vd. desfigura su jardín: os suplico que me escuchéis, antes de juzgarme.

Desde luego pudiera responderos que un plantel de trigo no tiene nada de feo. Verde esmeralda en la primavera; en el verano ofrece a la vista un campo de oro. Uno de mis vecinos que tiene la misma opinión adorna en su bello parque un pequeño terreno con avena rodeada de geraniós, que presenta a primera vista un cuadro espléndido y variado.

Pero en el mio el trigo está separado de las flores y ocu-

lta a la vista por un seto de arbustos. No puede por lo tanto, deslucir mi jardín.

Pienso por el contrario que le honra mucho y he aquí en que fundo mi pretension.

Es un recuerdo de la infancia que me es muy sagrado, una historia sencilla que no tiene nada de científica y que figura en mis estados como una ligera digresion.

Era niña aun, y me paseaba por el jardín de mi padre, el mismo que hoy cultivo. La sucesion hereditaria es tan útil a los jardines como a otras tantas cosas.

En el mismo sitio que ocupa hoy, habia en otro tiempo una sola espiga, engendro desgraciado de la casualidad que habia arrojado allí un grano al lado de un acicate de margaritas.

Parecíame que la presencia de la espiga, cerca de aquellas flores deshonoraba las heras de mi jardín, y llena de esta idea me apresuraba a destrozár su caña cuando mi padre contuvo mi mano.

Preciso es mirarse mucho me dijo antes de destruir una obra de Dios, por pequeña y modesta que ella sea. ¿Quién sabe lo que esta espiga llegará a ser con el tiempo? La dejaremos vivir al lado de las margaritas para ver y comparar su porvenir.

Al concluir mi padre estas palabras, dos niñas pasaron por detrás del vallado. Eran las dos hijas de un vecino arrendatario. La una viva, agíl, morena de ojos negros y brillantes; la otra rubia, pálida, de ojos azules y aire dulce y pensativo, he conservado sus nombres, la primera se llamaba Maria, la segunda Luisa.

María que por nada se cortaba, exclamó.

¡Oh! qué lindas margaritas; ¿queréis darme una, caballero?

Mi padre me hizo un signo. Yo elegi la flor mas grande, la mas variada de colores, la mas preciosamente acoronada y se la presenté a la niña, que al momento la enlazó a sus cabellos con gracia y coquetería.

Mi padre entonces observando a su hermana la preguntó si quería otra flor.

Por toda respuesta Luisa ruborizada dirigió una mirada a la espiga que se elevaba magéstuosamente con sus argañas y entumecida ya con sus cuatro filas de amarillentos granos.

—Os doy las gracias, caballero, contestó al fin. A su tiempo os pediré esa bella espiga, para que forme mi primera cosecha.

Sorprendido por estas palabras, mi padre la replicó:

—Muy, bien hija mia, puedes contar con ella. Cuando las dos niñas volvieron a pasar por la tarde, la flor se habia ajado en los cabellos de Maria sin que se hubiese acordado mas de ella, y volvió a su casa después de haber faltado a la escuela. Luisa con un manojo de yerba en la mano elevó su rubia cabeza por cima del seto y dirigió una mirada de cariño a su floreciente espiga.

—Auerdate de estas niñas, dijo mi padre con gravedad. El carácter de una y otra se asemeja en un todo a los diferentes objetos de sus gustos.

Después me contó la historia de la margarita y del trigo en estos términos.

En los campos y en los jardines; la margarita siempre es la misma; linda, coqueta é inútil. La que se llama pascuareta nace entre la yerba donde ostenta su boton de oro y su blanca diadema. La que lleva el nombre de reina de los

prados, se eleva meciéndose en su tallo por cima de cuantas la rodean. La hoz del segador la derriba, y entonces solo ofrece al sol una semilla funesta en su yermacion, y un forrage detestable al diente de los ganados. En fin, la

que brilla en nuestros jardines con su esplendor de un dia, no tiene para el hombre ni perfume ni producto.

La historia del trigo por el contrario, es la historia de la civilizacion misma. Nace con ella, con ella se desenvuel-



Maria (la margarita). Vanidad, coqueteria.

ve, sigue sus progresos, y no muere mas que en las latitudes donde la civilizacion no existe. Ejemplo es este de la armonia mas encantada de la naturaleza.

En los dias sucesivos, Maria continuó tomando nuestras

margaritas para prenderlas una hora y ajarlas al compás de sus juegos.

Cuando maduró la espiga, Luisa la cogió arrancándola cuidadosamente.

Era aquel día de función en la aldea. María, con la flor en el cabello, le pasó bailando. Luisa, atenta á su espiga, la desgranó y guardó su rica semilla.

Diez años despues, á pesar de la advertencia de mi pa-

dre, habia olvidado á las dos hermanas. Entonces me renovó su memoria que tan unida estaba á la margarita y á la espiga

Despues me condujo á la aldea, y me enseñó en la ventana de una casita cercada de follage y flores, una joven



Luisa (la Margarita.) Modestia, trabajo.

que bien ataviada admiraba á los transeuntes con su linda cara, sus ojos radiantes, y sus largos cabellos negros, adornados con corona de perlas y una margarita.

—¡Es María! exclamé yo.

—Si, María, siempre vana, siempre coqueta como la

TOMO IX.

primera flor que la dimos, ha consumido su juventud en el ócio de las fiestas, y hoy espera un marido que no tendrá nunca, porque su dote solamente lo forma las margaritas secas de nuestro jardín.

Desde allí fuimos á un acera de trigo donde se hallaba

otra jóven de una belleza tranquila y grave, cuyos vestidos anunciaban aseo y desahogo, y que apoyadas sus manos en el tronco de un árbol, contemplaba dulcemente su dorada mies.

Reconoció en ella á Luisa, y mi padre me dijo:

—Estas mieses provienen surco por surco, año por año, de la primera espiga que recibió de nosotros, y que ha multiplicado con su trabajo. No ha cercenado de sus productos en cada año, mas que lo que su buen corazón ha

repartido á los pobres, aumentándolo y siempre satisfaciendo así su virtuosa caridad. Después de la recolección, obtendrá su recompensa casándose con el colono mas prudente y rico del cantón.

¿Tal lección, no vale un pequeño espacio de tierra, y no tengo yo razón en dedicar un corto terreno á la siembra de trigo en mi jardín? Dichosa yo si mis espigas encontraran tantas Luisas como hay de Marias para mis margaritas.

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

EL PÁJARO SALVADOR.

La escena que me propongo narrar á mis lectores, ocurrió en mitad del Océano: al través del furioso embate de las encrespadas olas, del ensoberbecido é imperioso vendaval, y al giro lento, solemne y magestuoso de las nubes que cubren el azulado firmamento.—Antecedentes,

Un hombre que se llamaba Colon, genovés de nacimiento, después de haber luchado largo tiempo con la desgracia y con la perfidia de los hombres, merced á un generoso fraile que comprendió lo que valia este miserable extranjero que le pedia un pedazo de pan y un jarro de agua, salió del puerto de Palos con tres pequeñas naves que se llamaban: *Santa María*, *La Pinta* y *La Niña*. La primera la ocupaba Colon con la categoría de almirante; la segunda la mandaba Alonso Pinzon, y la tercera su hermano Francisco. Esta escuadrilla, además de sus gefes, contaba noventa marineros, un cirujano, un médico, un escribano y algunos sirvientes de distintas clases; llevaba además viveres para doce meses, y 20,000 duros para el gasto de los sueldos de la tripulación. ¿A dónde iban? ¿En busca de un nuevo mundo!

Hallábase la escuadra setecientas cincuenta leguas de las islas Canarias, y el sol descendía aun sobre un horizonte sin límites, y la tripulación empezó á dudar del proyecto de Colon, y los ánimos se predispusieron á una declarada rebeldía contra el almirante. Este comprendió perfectamente el grave peligro que corría, y sin embargo aparentó la mas grande serenidad, y se presentó á los suyos con aquel ademan imperioso y satisfecho que inspira la confianza de un resultado feliz.

A la caída de la tarde de aquel mismo día acercóse Colon á la aguja imantada, y advirtió por la primera vez de su vida el fenómeno mas extraño: la aguja imantada no se dirigía exactamente á la estrella polar y se desviaba cerca de medio punto, es decir, cinco ó seis grados hacia el Nor-Oeste. El almirante clavó allí sus grandes ojos y lanzó un profundo suspiro; bajó á su camarote, y varios de los tripulantes

que le habían estado observando se reunieron en conciliábulo, y después pasaron ellos mismos á examinar la aguja. Al cabo de algun tiempo, ya había oscurecido, se oyó una voz que gritó:

—¡Muera el almirante!

Y todos respondieron.

—¡Muera!

Oyólo el almirante y subió al punto sobre cubierta, y después de haber dirigido á su desconfiada tripulación un breve discurso en que declaraba la insensatez de cuantos le rodeaban, sin rebajarse en lo mas mínimo les suplicó que esperasen y los alentó con nuevas razones. Colon bajó otra vez á su camarote; abrió el mapa, echó mano del compás, y á la claridad que le proporcionaba una bugía estuvo meditando largo tiempo sobre el fenómeno que había observado por la tarde. Pero el gran problema no podía resolverse. Paseaba; tornaba á sentarse y á estudiar sobre el mapa, reproducíase la duda, la incertidumbre, el caos y la desesperación del primer náutico del mundo. ¡Cuántos suspiros inútilmente lanzados! ¡Cuánta angustia! ¡Cuánta agitación! ¡Si al menos viniera el sueño!... Pero, no se duerme cuando está escitada la imaginación.—*La experiencia me lo ha enseñado.* ¡Colon, pobre genovés presa desventurada de una horrorosa fiebre, que hacia latir su corazón con estremada violencia, que agitaba su alma y devoraba su combatida existencia!

De esta manera vió el grande almirante trascurrir toda la noche; su frente se ardia; quiso respirar aire y abrió una de las ventanillas que daban al mar.

Aquella media tinta sonrosada que presagia la aparición del nuevo sol, aclaró un tanto el firmamento, de cuyo celestial reflejo participaron las aguas espumosas de la mar,

Colon se postró de rodillas, clavó sus ojos en la azulada esfera, cruzó sus manos, y dijo en súplica ferviente dirigida al Eterno:

—Señor de los señores, padre de mis mayores, preceptor universal de cuanto encierra la redondez del mundo...

¡por qué el mundo es redondo! añadió con exaltación recordando sin duda las cuestiones de Salamanca. Elevad mi empresa á término feliz. Que tantos años de afanes, logren la merecida recompensa. Vea yo pronto ese nuevo hemisferio que me ha enseñado la luz de la razón, ese mundo que han descubierto mis eternas vigilijs: un día de gloria bastará á olvidar la prolija tarea que me ha envejecido; un día de triunfo será bastante á sepultar en el olvido el

sarcasmo, la burla de los hombres, el desprecio y la humillación de que tanto tiempo he sido la víctima. Os lo pido, clementísimo Omnipotente, por aquella sangre preciosísima que tan lleno de abnegación derramaste en el santoadero. Hé aquí un hijo que te imita. ¿No me vistes paciente y humilde tolerar el escarnio de la muchedumbre que me llamaba loco? Pues bien, Señor, me acordé de tí cuando te pusieron el blanco sayal, símbolo de la demencia, y entre la mofa y el escarnio te llevaron á la casa de Pilato. Me enseñaste la mansedumbre, y he sido tu mejor discípulo.

La súplica de Colon fué interrumpida, porque se abrió la puerta de su camarote. El genovés se levantó y se halló frente á frente con Alonso Pinzon, comandante de la Pinta.

—El cielo os guarde, amigo Colon, dijo Alonso penetrando.

—Y él á vos también, respondió el almirante sentándose al lado de la mesa.

Alonso tomó igualmente asiento al lado de Colon.

—¿Qué motivo os obliga á abandonar vuestra nave y pasar á la mía? preguntó Colon.

—Voy á decirlo, almirante, contestó Alonso.

—Hablad, que ya os escucho.

—Mi gente se ha sublevado; no hay medio de reducirla; nos hallamos á gran distancia de nuestro país, bogamos por un mar desconocido, y por último, todos sospechan con fundada razón, que vuestros planes no son más que una quimera que nos conduce indudablemente al más espantoso abismo.

—¿Y sois vos también, Pinzon, del parecer de esa gente sublevada?

—Os diré una cosa, almirante. Desde la niñez he recorrido los mares, he visto infinitas veces que mi nave ha estado muy cerca de dar un beso á las nubes; el viento, la tormenta, el granizo, la piedra, la centella, el rayo... todo esto lo he visto con sangre fría; la borrasca ha sido siempre para mí un raquítico escollo encontrado en la senda de mi vida; constantemente he salido vencedor, y ya estoy completamente familiarizado con la tempestad.

—¿Y qué quereis probarme? preguntó el genovés.

—Que nada he temido, y hoy os lo confieso ingenuamente, tengo miedo.

—¿Por qué?

—Porque he visto en la aguja imantada un fenómeno extraño; fenómeno que me ha llenado de pavor... Por último, almirante, yo moriría resignado y lleno de valor, si la tempestad nos hiciese pasto de los peces, si nuestra nave fuera un baluarte atacado por una legión de infieles moriscos... yo recibiría con heroísmo la bala que viniera á buscar un refugio en mi corazón; pero es bastante doloroso, morir en medio del Océano por alimentar las investigaciones de un visionario... que trascorra un año, y digan en Granada: «¿Y los expedicionarios del Nuevo Mundo?» y respondan: «Fueron pasto de los tiburones, de los atunes; bien empleado les está, por haberse dejado conducir por un necio.»

—¡Silencio! don Alonso, exclamó enfurecido el almirante.

—Me mandais callar á buen tiempo; despues de haberos dicho lo que sentia; más ahora tendreis la bondad de escuchar lo que pretendo de vos.

—¿Qué quereis?

—Que regresemos á España.

—¡Nunca! primero me arrojaría al mar con una piedra atada á mi cuello!

—Pues entonces, dijo Pinzon poniéndose de pie, buscad medios de contener la sublevación.

—Lo alcanzaré, contestó el almirante dejando su asiento y disponiéndose á salir del camarote.

—Aquí aguardo el resultado de vuestra empresa.

—¿No me ayudareis?

—No, almirante. Ni incito la rebelión ni la combato.

Partió de allí Colon apresurado y subió á la cubierta.

—El bote y dos remeros, dijo á un gefe de escuadra con energía.

El gefe de escuadra llamó á dos remeros, y acto continuo se lanzó el bote al agua. En él entró Colon diciendo á los remeros:

—A la Pinta.

No había amanecido todavía; pero el almirante pudo distinguir otro bote remado por cuatro hombres que caminaba con dirección á la carabela *Santa María*.

—¿Quién vá? preguntó Colon.

—El comandante de la *Niña*, Francisco Pinzon. ¿Con quién hablo?

—Con el almirante.

Las dos navecillas dejaron de remar.

—A hablaros iba en este momento.

—¿Qué sucede?

—La gente de mi nave se ha sublevado.

A este tiempo se oyó gritar en la nave del almirante:

—¡Muera Colon!

Y la *Pinta* exclamó:

—¡A España!

Y gritó la *Niña*:

—¡Muera el almirante!

La navecilla de Colon bogó hacia la *Pinta*, y dijo la tripulación:

—Aquí no entráis.

Dirigióse en seguida á la *Niña*, y exclamó su tripulación:

—¡Atrás!

Regresó á *Santa María*, y dijo un gefe de escuadra:

—Idos solo y los remeros que os acompañan en busca del Nuevo Mundo.

Y los remeros soltaron los remos y dijeron á Colon:

—O nos salvais ú os arrojamos al mar.

Colon se cruzó de brazos y exclamó mirando al cielo:

—¡Dios mio!

Y ocultó despues su rostro con ambas manos, para llorar.

En el camarote del almirante estaban reunidos mientras tanto, Alonso Pinzon, su hermano Francisco, el cirujano, el médico, el escribano y cuatro gefes de escuadra. Deliberaron acerca de su situación, y falló el consejo por unanimidad, ó el regreso á la madre patria ó la muerte del tenaz almirante. Era preciso poner esta resolución en conocimiento del acusado. Alonso subió á la cubierta y permitió que entrase el almirante en la carabela.

El sentenciado entró en su aposento, invadido por la perfidia, y se puso enfrente de sus jueces cual un reo acusado de un crimen de lesa magestad.

—Escuchad la decisión de vuestros compañeros, habló

Alonso; ó regresamos á España, ó sereis arrojado al mar.

—¿Y volveréis á la patria con un crimen tan abominable? ¿Qué direis á los reyes católicos?

—Que estábais loco, respondió Francisco, que desististeis de vuestro propósito, y desesperado os disteis la muerte.

—Eso diremos, añadieron los demas.

Colón abrió una ventana, miró al horizonte; habia una poca de mas claridad; pero no distinguió nada.

—¡Tres dias de próroga! exclamó el almirante; nada mas que tres dias, y si durante ese término nada hemos descubierto, me someteré á vuestro horrible fallo.

—¿Convencido de vuestras ilusiones? preguntó sonriendo el médico.

—Convencido de que hay otro mundo, que descubrirá el que sea mas afortunado.

—¿Qué se decide? preguntó el comandante de *la Pinta*.

Despues de algunos momentos de indecision, se resolvió negativamente.

—¡Vuélvase la proa! dijo Pinzon.

—¡No, mientras yo respire! interrumpió enérgicamente Colón.

—Pues cúmplase la sentencia, dijo Alonso.

—Cúmplase enhorabuena, repuso el genovés.

Lo ataron en seguida codo con codo, y le subieron á cubierta. Ya amanecía, y las tres naves que se habian aproximado, vieron los preliminares de esta ejecucion. La soez y aventurera marinería, comenzó á aplaudir con frenética algazara. Colón, antes de ser arrojado al agua, quiso hablar á su insubordinada tripulacion. Los Pinzones no se lo permitieron.

—¿Sabeis nadar? le preguntó Alonso.

—Sé nadar, contestó el almirante.

Entonces ataron una pesada barra de hierro á un pedazo de maroma embreada, y la suspendieron de su garganta. Colón se postró de rodillas, y levantando al cielo los ojos, habló á Dios con toda su alma y todo su corazon, cuya postrer despedida fué escuchada por los navegantes en medio del mas extraordinario silencio.

La reverente súplica de Colón fué interrumpida por el melodioso trino de un pájaro, que pareció como que le contestaba.

Los navegantes lanzaron un fuerte grito y clavaron sus ojos en la punta del palo mayor de *Santa Maria*, y vieron una alondra marina de vistosos colores que seguia su armonioso canto.

Colón se puso al momento de pié, y exclamó lleno de alegría:

—Donde hay pájaros, existen nidos, y los nidos de las aves están donde hay tierra.

—¡Próroga, próroga! gritaron algunos que se habian conmovido con la súplica de Colón.

La próroga fué concedida, se quitaron á Colón sus ligaduras, Alonso entró en su nave y se adelantó, y todos le seguian ansiosos con la vista. El sol se asomaba, y hora y media despues, se oyó gritar en *la Pinta*:

—¡Tierra, tierra!

Colón, que se hallaba inmediato al médico, cayó en sus brazos accidentado. Un abundante y copioso llanto descargó su corazon del peso que le atormentaba. Un disparo de

cañon de *la Pinta* le hizo volver á la vida. Llegaron á la isla descubierta, penetran en ella, todos se hincan de rodillas, piden perdon al almirante, y dirigen sus votos al Eterno llenos de contento y entusiasmo.

Un pájaro salvó á Colón del mas horrendo suplicio, y dió á la España un nuevo mundo. —¡Pequeñas causas, grandes efectos!

—Tres dias de próroga! exclamó el almirante y I. A. BERMEJO. —Visto, siguiendo en su primera eclosión, como, hasta que la empresa se obliga á hacer preguntas sobre preguntas que tiene detras de sus ojos.

LA HIJA DEL DESHOLLINADOR.

HISTORIA DE UN RETRATO DE MADAMA MIRBEL.

Nos referimos á la época de la Restauracion en Francia. Supóngase, pues, que una señora de Saint-Alban, para no llamarla por su nombre, posee una residencia bastante considerable en la brillante calle de Richelieu; que llamó á su



El genio de la pintura, por Prudhon.

casa, cierto dia á dos pequeños deshollinadores con el intento de mandarles limpiar dos chimeneas, y que estos niños, habiéndose dedicado con una especie de inteligencia á sus funciones preservativas, antes de entregarles la recompensa prometida, Mad. de Saint-Alban puso delante de ellos pan y los restos de un desayuno apetecible.

—¡Pan blanco para dos infelices saboyanos! Se miraban y sonreían al mismo tiempo que comían; no se hablaban, pero sus gestos tenian su elocuencia, y su alegría del momento, revelaba su miseria del dia anterior.

—Amigo mio, dijo Mad. de Saint-Alban aproximándose al de mas edad de los dos saboyanos, niño de un fisico bastante delicado: ¿de qué pais sois? ¿Hace mucho tiempo que estais en Paris?

—Señora, respondió el niño con dulce acento, somos de la Auvernia mi hermano y yo. Pero relativamente á mi, presumo que os equivocais, pues yo soy una niña.

—¡Cómo! exclamó Mad. de Saint-Alban; ¿una niña que limpia chimeneas? ¡Nunca se ha visto esto! ¡No lo hubiera creído! ¡No vuelvo de mi sorpresa! ¡Una niña limpiando chimeneas!

Tira de la campanilla y llama á las mugeres de su servicio, siguiendo en su presencia con las mismas exclamaciones, hasta que la sorpresa la obliga á hacer preguntas sobre preguntas á aquel ser oscuro, pero digno de algun interés, que tiene delante de sus ojos.

Sabe que esta buena criatura ha sido conducida á París desde la edad de seis años, por Santiago Ubsac, su padre; que éste, viudo y cargado de dos huérfanos, no ha tenido otro recurso que el de huir de una tierra que llegó á ser la madrastra de sus propios hijos; encaminando su esperanza hácia los inflados canalones de la suntuosa capital de Francia, y que para poner á su hija mejor en estado de explotar esta mina, que no es la del Sacramento, la ha metamorfoseado en chico.

Mad. de Saint-Alban, se encontraba predispueta á llorar, y las criadas tambien. Un bolsillo con dinero destinado por la dueña de la casa á otra cosa, cayó en las manos de



Madama de Mirabel pintando á la jóven desollina lora.

la jóven Ubsac, la que nunca habia poseido una cantidad para ella tan fabulosa.

Aquí no paró el asunto: no bien la niña ha salido por la puerta de la casa, cuando Mad. de Saint-Alban la vuelve á llamar para recomendarla que venga al otro dia por la mañana. Esta invitacion no pudo ser olvidada, y no tardaremos en ver la consecuencia de todo esto.

Mad. de Saint-Alban se habia dicho: ¡esta niña estaria encantadora dibujándola con su traje de saboyano!

Seria un estudio que recordaria á las señoras de Saint-Aubin y Dugazon. Tengo una amiga, añadió, bastante amable, que aun cuando jóven, pinta la miniatura como Agustín, y como Isabey; es menester que yo la envíe esta niña.

El sueño puso término á este monólogo. Se engañarian mis lectores si no viesen en esto mas que una inspiracion personal á su autor; allí habia toda una prevision que debia producir una realidad. Este fué el pensamiento del sueño; la carta de

recomendacion se escribió, se cerró y se esperó casi con impaciencia al pequeño saboyano; ahora bien; si un deseo culpable tiene á menudo su impaciencia ¿por qué un deseo de bondad no ha de tener la suya?

El indicado billete fue remitido á una persona, á la que llamaremos la señorita Luisa Derville, y si no nos equivocamos, este pseudónimo revelará á los lectores el recuerdo de una artista amable, cuyo pincel ha reproducido con frecuencia sobre el marfil, facciones nobles ó delicadas, con éxito agradable á mas de una magestad, y ha reproducido tambien bellezas que han tenido tambien su reinado, tal vez menos incontestable (1).

A las diez y quince minutos, despues de haberse desa-

(1) Luisa Derville, no es otra que la artista eminente que despues se llama madama Mirbel. Su muerte tan deplorable y tan prematura, acaecida cuando la última invasion del cólera en Paris, dispensa hoy al autor la discrecion que debe observar todavia acerca de la muger designada bajo el pseudónimo de Saint-Alban.

yunado con una taza de café, y despues de haberse lavado la frente con un poco de agua de Colonia, la niña Ubsac se encontraba en casa de la señorita Derbille con su traje masculino. A las diez y treinta y cinco minutos, el cor-torno de una cara regular, picante y con una apariencia de ingenuidad, sobre la cual caían descuidadamente algunos mechones de cabellos negros como los ojos que los sombreaban, estaba trazada á la acuarela. A las diez y cuarenta y cinco minutos, estaba decidido que el pequeño deshollinador, llevaria un traje especial, y que al día siguiente por la mañana seria conducido á los baños Vigier, y que quedaria en calidad de camarera al servicio de la señorita Derbille.

Hé aquí, dirán algunos, una determinacion bastante pronta; verdad, pero léase el diálogo siguiente, y la apologia será completa:

—¿Por qué no os ha acompañado vuestro hermano? Me hubiera gustado verle, y hubiera almorzado contigo.

—Señora, por que papá compró ayer por diez francos anguilas y ha ido á venderlas á Auteuill, y si vende pronto lo que lleva, puede llegar de un momento á otro, y es preciso que Jacobo se quede en casa para entregarle el dinero que hemos ganado durante su ausencia, ó mas bien, que una buena señora, como vos, nos dió ayer por la mañana.

—Pero habiendo dejado el dinero á alguna persona de confianza, al portero, por ejemplo.

—Ay, señora, no hay portero en nuestra casa. No tenemos mas que amigos de nuestro país, que viven con nosotros en el mismo cuarto; pero si mi papá viese una tan grande cantidad, y que mi hermano no se disponia á conducirle á casa de la caritativa señora, creeria que ese dinero era robado, y nos pegaria.

—¿Temeis mucho á vuestro padre?

—Le queremos mucho tambien. ¿Y por qué no habiamos de quererle? Cuando tiene pan, nos le da; me ha enseñado á rezar, lo mismo que yo enseñó á mi hermano menor.

Desaparecieron las dudas; la injuriosa desconfianza recibió la orden de callarse; se trataba de una familia de honor, y la resolucion de encargarse de la huérfana fué al punto tomada.

Solo quedaba saber si el partido convenia al padre Ubsac, pues su hija no puso á su consentimiento mas que esta condicion, y la de ver de vez en cuando á su hermano Jacobo.

Sin embargo, el bosquejo adelantaba poco; pero el interés crecia. La idea de arrancar una tierna criatura de la miseria lisongeaba la imaginacion de la artista, y gozaba ya en el porvenir. ¡Cosa admirable! Esta no se habia cuidado todavia de preguntar el nombre de su protegida.

—¿Cómo os llamaís, hija mia?

—María, para serviros, señora.

—Muy bien, María. Este nombre es encantador cuando no va seguido de otro alguno.

La paleta se escapa de la mano de la señorita Luisa; era preciso cambiar algunas tintas, y dar á aquella boca bermeja una sonrisa un tanto maligna, y á sus negros ojos una poca de mas brillantez. El modelo está asegurado; vendrá mañana y vendrá pasado de buena voluntad. Lo que mas urge es enviar á María á los baños de Vigier, pedir á la hija del conserge algunos vestidos, y escribir á Ubsac una carta que encuentre cuando vuelva de Auteuill,

y buscar una costurera que se encargue de hacer trajes á María lo mas pronto posible.

Nuestra tarea llega á su término; bastará añadir á nuestra relacion que María habita bajo el techo de su jóven señora con el consentimiento del padre Ubsac, consentimiento que no ha sido menester pagar muy caro; la niña adora á su bienhechora, cuyo nombre se encuentra mezclado en todos sus rezos.

Se nos dispensará una lijera digresion acerca de las sensaciones experimentadas por esta niña en su nuevo estado, y sobre todo al acostarse la primera noche.

Fué casi un delirio..... No causará sorpresa cuando se recuerde, que esta infortunada criatura se metia todas las noches en un saco, y que en este estado esperaba la dulce invasion del sueño; hoy se siente como enagenada con la blandura de su cama elástica; reclinando su cabeza sobre una blanda almohada. ¡Qué contraste! ¡Qué trasformacion! Por eso la primera noche esta cama, tuvo para María todos los caracteres de una voluptuosidad estática.

Los harapos que disfrazaban el sexo de María se han guardado; le servirán de dulce recuerdo, de imágen de las flores que mucho tiempo despues de haber sido cogidas conservan el grato despojo de sus perfumes. Pero ¿quién responderá de las consecuencias de un cambio de fortuna tan repentino? ¿Se hará melindrosa? ...

Con efecto, se hizo pero no por eso dejó de pertenecer al servicio de madama Mirbel. ¿Qué ha sido de ella despues de la muerte de su ama? Es lo que no hemos podido descubrir. ¿Qué importa su memoria cuando su imágen es inmortal?

KERATRY.

EL REFUGIO

En Lóndres, en el centro del rico y poderoso barrio de Westminster, que encierra el palacio, la abadía, los parques, los tribunales y las cámaras, de donde emana la legislacion inglesa, casi á los pies de las torres que dominan la orgullosa metrópoli, yace un grupo de innobles casuchas, al través de estrechas é innumerables encrucijadas que forman una especie de recinto, conocido en la vecindad bajo el nombre de *Devil's acre*. Aqui se agrupa el conjunto de una poblacion de dos millones de almas, y en medio de aquella falange humana ha elegido su domicilio una piadosa é infatigable caridad.

En la calle de Santa Ana y encima de la puerta de una casa, un poco mas grande y un tanto menos ruinoso que las que la rodean, se lee en grandes caracteres: *Dormitorio de los andrajosos; escuela de industria preparatoria para las colonias*; y sobre una de las hojas de la puerta *Refugio abierto á los jóvenes que quieren reformarse*.

Nadie que pase de diez y seis años es admitido aqui; las escuelas de caridad acogen á sus discipulos hasta esta edad. El Refugio está especialmente destinado para los vagabundos y los ladrones de diez y seis á veinte y dos años que desean abandonar su género de vida, y entregarse en lo venidero á honrosas y laboriosas carreras.

Como el bien engendra siempre el bien, esta excelente

institucion nace de otra igualmente fecunda en buenos resultados, que es la escuela de los andrajosos, fundada en Pye-Street, accesible del mismo modo á todo el que llega.

El dueño de esta última escuela, conmovido cierto dia por la instancia de un joven vagabundo de diez y seis años, que mostraba un ardiente deseo de corregirse, le impelió á seguir asiduamente las clases. «¿De qué me servirá venir á la escuela durante el dia, si por la noche tengo que andar errante por las calles, y robar para vivir como lo hago ahora?» respondió llorando el joven. El obstáculo era efectivamente grave. Conmovido con su acento de sinceridad, resolvió el dueño tentar una esperiencia decisiva. Le alquiló una habitacion y le aseguró estrictamente el pan. Por espacio de cuatro meses el joven vivió feliz y contento con este nuevo régimen. Aprendió á leer, á escribir y á contar medianamente. Algunas personas caritativas echaron un guante para pagar su viaje á la Australia, donde vive desde entonces y con buena reputacion de aplicado y laborioso. Ha dado constantemente pruebas de probidad y de aptitud en la via providencial que se habia abierto para él.

Este primer éxito fué á la vez una recompensa y un aliento para sus generosos protectores, y su ejemplo decidió la fundacion del Refugio. Allí no se admiten mas que á los que se confiesan vagabundos ó ladrones, y declaran querer someterse al régimen disciplinario de la casa. A pesar de estas cláusulas que parecen alejar á los aspirantes, mas de doscientos memoriales han ido á este establecimiento durante el periodo de los dos años de su fundacion.

A fin de ponerse en guardia contra la mala fé y la holgazaneria, tiene que someterse el solicitante á rudas pruebas preparatorias. Existe allí una pieza sin otro amueblage que un gergon y una grosera manta. Una pobre familia que habitaba este recinto antes que la casa hubiese recibido su actual destino, fué diezmada en 1849 por el cólera, que hizo numerosas victimas en el barrio de Westminster. Aquí se instala el arrepentido neófito; debe pasar allí quince dias sin otro alimento que pan y agua, solo consigo mismo, escepto durante las horas de clase, á las cuales asiste separadamente, y le está severamente prohibido mezclarse con los internos.

Semejante noviciado es la piedra de toque de un arrepentimiento sincero. Muchos retroceden delante de la prueba; otros la sufren un dia ó dos, y se retiran; como entran voluntariamente, nadie les obliga á que permanezcan, y siempre son dueños de salir cuando quieran. Algunos susisten una semana. Se ha visto otros que han renunciado á los diez dias; pero aquellos que permanecen hasta los quince, se suponen dignos de la solicitud del gefe de la institucion.

Entonces les dan vestidos decentes; los sacan de sus respectivas celdas y gozan de los mismos privilegios que los internos. Su primera ocupacion es limpiar la casa de arriba abajo; luego se desayunan con pan y chocolate y en seguida pasan á las clases. Hay dos clases, una para los que empiezan y otra de un grado mas avanzado. Les enseñan las doctrinas mas fundamentales de la religion, á leer, á escribir á contar, la geografia y con especialidad la de las colonias. La clase superior es dirigida por uno de los jóvenes reformados, uno de los primeros que entraron en el

Refugio, y que demuestra una grande capacidad para la enseñanza.

Es un espectáculo agradable y curioso, al mismo tiempo esta reunion de educandos que se han emancipado voluntariamente de la senda del vicio, y trabajan de buena fé para regenerarse. Aunque vestidos de diferente manera, la ropa que dan los benéficos institutores está en el mejor estado de limpieza; los reglamentos imponen abluciones frecuentes. Sobre ciertos semblantes se ve todavia la expresion brutal que tenian cuando entraron; hay no obstante muchas fisonomias donde predomina el ardid arraigado por sus primeras costumbres, pero por su ademan inteligencia y de alerta se distinguen fácilmente los primeros internos, ya humanizados por el estudio, el orden y el régimen interior de la casa; en general todos aprenden pronto y bien.

Comen durante el espacio que separan las clases de por la mañana y las de la tarde, les dan carne tres veces á la semana, y los demas dias comen pan y una especie de cocido bien condimentado. Despues de cenar pasan una hora ó dos en la escuela preparatoria, especie de taller donde obreros prácticos les enseñan diferentes oficios. Si alguno prefiere ser carpintero ó ebanista se buscan los medios de hacer que adquieran estas útiles profesiones.

Duermen en el suelo y separados; y cuando la casa está llena, las clases se trasforman en dormitorios.

Todos están obligados á asistir los domingos á los oficios, donde cada cual observa el rito de la religion que tiene; se les consiente salir en grupos durante el dia, cada grupo lleva por gefe uno de los de mejor nota: el tiempo del paseo es limitado, prohibiéndoles frecuentar todo lo posible los barrios mal habitados. A menudo se les inspiran deseos de vivir honradamente y de llegar á ser miembros útiles de la sociedad que les tiende la mano. Es preciso que antes de emigrar hayan pasado de uno á seis meses en el Refugio; demuestran su impaciencia de partir para las colonias, y todos sin escepcion, se estremecen con la idea de tornar á sus antiguas costumbres. Ya han enviado de veinte á treinta á la Australia, y la compañía que vigila el establecimiento espera reunir bastantes fondos para poder mantener mayor número de internos y una emigracion anual de veinte reformados.

Los rasgos característicos de esta útil institucion son la idea misericordiosa que le ha hecho nacer su influencia preventiva sobre los delitos, la sencillez de la ejecucion, la sábia economia que preside á los detalles, y en fin, la libertad completa que se concede á los aspirantes.

En España se hacen hoy honrosas tentativas para fundar una institucion análoga. El infatigable La Sagra, en vista de sus frecuentes viajes por los paises extranjeros, ha solicitado en distintas ocasiones la creacion de un establecimiento análogo; creemos que al fin logrará cimentar en nuestra patria tan benéfico y necesario instituto.

Insertamos á continuacion dos ejemplos cortos, pero concluyentes, sacados el uno de los anales del Refugio inglés, el otro de los de la Escuela de los andrajosos en Pye-Street.

«John... de edad de 16 años. Admitido el 3 de junio de 1848. Dormia hacia cuatro meses debajo de los arcos de West-Street. No habia tenido desde la edad de once años otros medios de existencia que el robo. Dos veces en pri-

sion. Aprendió á escribir y á contar. Estuvo ocho meses en el Refugio. Buena nota. Partió para la Australia, donde trabaja y se conduce honradamente.

«Un jóven de 44 años, instruido en la Escuela de los andrajosos, partió á la Australia. Había sido muy mal discípulo. Su madre le enviaba á mendigar y á robar. Un año despues de la partida de su hijo, esta muger que estaba en la mayor miseria, y en visperas de ser espulsada de su casucha, se presentó en casa del misionero del distrito para pedirle consejo. Este no tuvo otro consejo que darle que el de pagar, y le dió un soberano de oro; (moneda de oro del valor de unos 100 reales.) Corrió á pagar el alquiler de su casa, y volvió á traer lo restante. El misionero le dijo que guardara el dinero, en razon á que la pieza de oro le pertenecía; en efecto, por una casualidad providencial, su hijo la habia mandado para ella aquella misma mañana, con una carta que le leyó el misionero. Esta muger, estupefacta é incrédula en un principio, se dejó caer sobre una silla y se deshizo en lágrimas. El contraste de su conducta con la de su hijo la llenó de vergüenza y de remordimientos. En cierto tiempo habia sido buena obrera y se entregó de nuevo al trabajo, y hoy se prepara á reunirse con su hijo en Australia.»

M. P.

EL MAS RICO DE LOS PRÍNCIPES.

En Worms, en la sala imperial, se hallaban reunidos varios soberanos de Alemania, y cada uno de ellos se vanagloriaba de la estension de sus dominios y de la riqueza de sus tesoros.

—Soberbio es mi reino, decía el príncipe de Sajonia, con su robusta poblacion, y sus montañas donde abundan las minas de plata.

—Ved, replicaba el elector del Rbin: ved mis dominios con sus espigas de oro en los valles, y sus ricos viñedos en las alturas.

—Yo, prosiguió Luis de aviera, estoy orgulloso de las grandes ciudades y ricos conventos que tengo en mis estados.

—Pues yo, dijo Eberhard de Wurtemberg, ni tengo minas de plata, ni espigas de oro, ni grandes ciudades en mi reino, pero poseo un gran tesoro y consiste en que en lo mas espeso de mis bosques puedo reposar sin miedo la cabeza en el seno de mis súbditos.

—Conde Eberhard, dijeron á la vez todos los principes, vos sois el mas rico de los soberanos.



La caridad cuadro por Eduardo Girardet.



ESTUDIOS DE VIAGES.



EL PARAISO DE MAHOMET.

Un francés, que se llama Mr. Gerardo de Nerval, ha pu-
Tomo IX.

blicado en 1850 en Paris una obra con el titulo de Escenas de la vida oriental, libro interesante y ameno hasta un grado dificil de describir, pero escrito de la manera que

los franceses acostumbra á escribir de viages. Sirva de ejemplo la anecdota siguiente, objeto no hace mucho de todas las conversaciones de la corte.

Un jóven de nuestra sociedad elegante, á quien llamaremos nada más que Estanislao, para no revelar su verdadero nombre, dueño de una regular fortuna y cansado de esos goces materiales que proporciona la ociosidad y el dinero, leyó un dia el libro de Mr. Nerval, que habia comprado en casa de Monier sin mas objeto que el de matar el tiempo. Al llegar á la última página; ¡Hé aqui mi negocio! exclamó lleno de entusiasmo, en Madrid vivo fastidiado sin saber que hacer; este pais no ofrece recursos para nada, ni aun para gastar uno el dinero. Me voy á Egipto, ceñiré el turbante y podré entrar de lleno en el paraíso de Mahomet... Tendré un palacio con fuentes y cascadas, un serallo con odaliscas, un palanquin con su acompañamiento de esclavos, etc. ¡La Alla íla Alla!

Estanislao tomó el camino de Barcelona, se embarcó para Marsella, y algunas semanas despues estaba en el Cairo.

Alquiló en el barrio Hauch-Hadon la magnífica habitación, cuyo salon de verano representa nuestro grabado. Casa, patio y jardín, árboles, pavimento de marmol, fuentes, arabescos, anchurosas escaleras, ¡todo por valor de trescientos treinta reales! Nuestro amable compatriota estaba lleno de júbilo. No trascurrió mas que una hora, y notó que su palacio se hallaba en completa soledad; que las ventanas artísticamente fabricadas no tenían cristales; que el calor del dia y la humedad de la noche penetraban allí *ad libitum* con las oftalmías y los reumatismos...—Remediamos esto, dijo á su drogman, con un espléndido mueblage y una multitud de esclavos.

El drogman fué al bazar inmediato, y aquella misma noche quedaron establecidos los muebles.—Asientos de palmera, reclinatorios de madera fina cubiertos de telas de Persia, divanes y camas lujosas, una mesa redonda, estorado fino, tosas, elegantes pipas; todo ello digno para recibir al bajá mismo, exclamó el intérprete encantado de su obra.

Estanislao quedó menos encantado; pero era imposible tener otros muebles, si no los pagaba á precio de oro. Por una gracia especial obtuvo cortinages para cubrir los balcones y ventanas.

En cambio el personal de su servidumbre era abundante. Le buscaron un portero, un *quatibesis* (secretario), un *khazindar* (tesorero), dos cocineros, tres *thiboukji* (porta-pipas), cuatro *kahwedji-bachi* (porta-café), cinco *wekill* (entremetedores, truchimanes), seis conductores de asnos, sin contar un *selikdar*, para cuidar de sus armas, un *seradjabchi*, para cuidar su caballo, y muchos *yamaks* para ayudar á los otros. Un *effendi* no tenia tanta servidumbre.—A lo menos me veré servido como un rey, pensó. Pero á la mañana siguiente, sus cocineros le ofrecieron pollas muy flacas, sazoadas con huevos; perro disfrazado con salsa de carnero, sabandijas cocidas con patatas, y una especie de caldo de estofado repugnante y desabrido.

Luego conoció que era esclavo de sus esclavos. Todos se encerraban en sus aposentos, y la mayor parte dormían la siesta la cuarta parte del dia, y encontraba al conductor de los asnos cuando tenia necesidad de su secretario, y *vice-versa*. Los *yamaks* se revelaban con indignacion cuan-

do los mandaba cerrar la puerta, etc., etc. Su caballo nunca le veia ensillado sino para que se pasease el *seradjabchi*. El porta-pipa y el porta-café le servían cien tazas de este último al dia; á fin de regalarse á sus espensas... todos los vecinos y todos los transeuntes, venían los unos despues de los otros á agruparse sobre sus divanes y á saborear su moka, su tabaco y su aguardiente.

Ademas de esto, aunque todo cuanto consumia era barato, la convivencia y cordialidad que reinaba entre los vendedores y los criados producía ruinosas adiciones. Estos últimos no costaban mas que dos reales diarios; pero las propinas escedían dos tantos, y se hacían pagar todas las noches para cambiar de amo al siguiente dia.

—Voy á remediar estos desarreglos, dijo Estanislao, convirtiéndome buenamente en turco.

Y voló á casa de un barbero, que le rapó la cabeza, excepto un mechoncito que le dejó en la parte superior del cráneo.

—¿Para qué este solo mechón? preguntó Estanislao.

—Para el dia en que os corten la cabeza; respondió el buen hombre. Todo buen musulman debe atenerse á esta operacion, y particularmente los antiguos cristianos, que no terminan de otro modo. Sin este mechón que coge la mano del verdugo, mostraria la cabeza al pueblo tomándola vergonzosamente por la nariz...

Estanislao se estremeció; pero siguió adelante con su propósito.

Se ocupó de formar su serallo; este fué negocio de algunas horas. Compró mugeres en los bazares: seis abisinias le costaron una friolera. Esta vez el paraíso de Mahoma iba á abrirle todas sus puertas... Esperemos un poco...

En primer lugar, Estanislao no pudo lograr que sus odaliscas se deshiciesen de la grasa y del aceite que tenían desde los pies á la cabeza. Luego, queriendo hablar con ellas, por mas que procuró contraer la boca y taparse las narices, le fué imposible articular las palabras de bien-amadas, compuestas de Z, de P, y de J, sin experimentar una série de estornudos. En fin, comprendió que habia comprado seis tiranas en vez de seis mugeres. Le dejaban dueño de su aposento, pero ellas quedaban dueñas del suyo, porque ambas residencias estaban rigurosamente separadas. Por un lado, el marido podia fumar y beber indefinidamente, como se ha visto; por otro, las esposas se bañaban, se adornaban, y recibían á sus amigas y consumían las provisiones de su amo. Le era preciso anunciar su visita del dia siguiente la mañana anterior, y cuando se presentaba á la hora indicada, encontraba á la puerta del harem un par de pantuflas que le obligaban á retroceder bajo pena de utilizar su mechón de pelos. Tal es la ley del Coran, y tales son las delicias de la poligamia.

Un dia, en fin, Estanislao fué recibido, y suplicó á las abisinias que bailasen. Contestaron amenazándole con el bajá, que eran *cadinas* (señoras), y no odaliscas y le dejaron, plantado para no perdonarle mas.

Entró en su aposento furioso, y mandó que le buscasen *gabarias* y almeas por la ciudad. Le trajeron tres vestidas con riqueza y elegancia. Bailaron y cantaron muy mal; pero él se persuadió de que eran adorables, y siguiendo la moda oriental, cuando ellas se inclinaron delante de él, empapadas de sudor, puso en la frente de cada una cinco piezas de oro.... ¡Oh milagro! Entonces observó que las

pretendidas almeas eran hombres disfrazados de mugeres. ¡No habia otras en el Cairo!

En una palabra, Estanislao volvió á vender las abisnias, realizando de este modo una mercancía mediana; y para llenar su bolsa cruelmente dispendiada, se casó delante de un sacerdote sin levantar su velo, con una rica heredera que llevaba un dote de veinte mil piastras (22,000 reales) pomposamente anunciada por el *washill*. Falta lo mejor, al levantar el velo del matrimonio reconoció á una antigua oficiala de modista de la calle de la Montera, y cuando quiso poner remedio á su error se le hizo saber que no podia oponerse á las costumbres orientales; y para castigar su osadía tuvo que devolver los 22,000 reales y guardar la modista, pues Estanislao estaba casado de veras.

Tuvo una enfermedad, y fué cuando á estilo oriental le colgaron encima de su lecho, unas ristras de cebollas, lo que le hizo estar llorando durante cinco dias. Le vino una tos convulsiva y los santones le daban crueles friegas. Sanó á pesar de esta medicina y renunció al paraiso de Mahoma.

Pero no salió de él bastante pronto. Un dia encontró su calle invadida por la tropa y fué amarrado y conducido á los trabajos del Nilo. De este modo se hacen las quintas en el Cairo. Estanislao consumió sus últimos escudos para rescatarse.

Otro dia, fué sorprendido por la *dohza* al regreso de la Meca.... y pudo escapar acostándose con los derviches bajo los pies herrados del caballo de un cheique que le hirió gravemente poniéndolo en la cabeza sus pezuñas. El debió levantarse demasiado feliz, con los creyentes cantando Alá.

Quedaba el golpe de gracia que recibió la vispera de su partida. Su hermoso palacio de verano, contemporáneo de los sultanes mamelucos, cayó á tierra, y tuvo necesidad de andar buscando la salvacion por entre sus escombros; felizmente estos no aplastaron mas que á la modista de la calle de la Montera, y Estanislao, un tanto consolado, regresó á la corte de España.

Por último ha comprendido lo maravilloso del libro de Mr. Nerval.

Ahora que estais prevenidos (queridos lectores, no queremos decir lectoras) contra los misterios de Oriente, abrid los libros que de ellos tratan con cierta desconfianza, si es que se proponen daros pomposas y seductoras descripciones acerca de estos paises. La realidad es la que hemos presentado á vuestros ojos.

ESCENA DE UN DRAMA INÉDITO.

EL DUQUE EGILAN, EL CONDE BERTINALDO.

EGILAN. Lejos de Toledo habito;
por la distancia tardé.

BERTINALDO. A Toledo te llamé
porque de tí necesito.

EGILAN. Dime pronto para qué.

BERTINALDO. Antes que á decirlo pase,
lee.

(Desarrolla un código, y señala al duque unas líneas.)

EGILAN. (Leyendo.) «Quien godó nació,
con goda, según su clase,
ó vándala ó sueva case;
mas con española no.»

BERTINALDO. Basta.

EGILAN. Y ¿á qué es la lectura
de la ley sábia que dura
por mis esfuerzos vigente?

BERTINALDO. Duque, háblame con lisura.

EGILAN. Conde, obra tú francamente.

BERTINALDO. De esa ley, de esa esclusiva,
¿qué piensas hoy?

EGILAN. ¿Pues quizá
me he cambiado en otro ya?
Pienso y diré mientras viva
lo que sostuve años há.

BERTINALDO. Luego....

EGILAN. Flavio Quindasvinto,
buen rey aunque mal cristiano,
viéndose enfermo y anciano,
pretendió que á Recesvinto
nombráseis por soberano;
y al tenaz despreciador
de nuestro linage fiero
proclamásteis sin rubor
de su padre compañero,
de su padre sucesor.

Yo fui de opinión contraria,
porque nuestra ley esquivá
la costumbre temeraria
de ir haciendo hereditaria
corona siempre electiva.
Lo fui porque ya nos dijo
la esperiencia años atras,
que no conviene jamás
que al rey padre siga el hijo,
si hay quien lo merezca mas.

Lo fui porque á traslucir
llegamos los descontentos,
que iba el principe á reunir
un concilio en que abolir
la ley de los casamientos.

El concilio se juntó,
y la abolicion propuesta
por mí no se decretó:
mi oficio ducal me cuesta
mi voto, pero él triunfó.

La sangre ilustre que hierve
por mis venas dilatada,
no gana en la mezcla nada,
y es razon que se conserve
pura, limpia, inmaculada.

BERTINALDO. Escucha pues un misterio.
Los dos conreyes están
á ver en el monasterio
dedicado á San Roman
el reciente cementerio
de su familia.

- EGILAN. Si, y mientras,
Froya inquieta los vascones,
Lotario os arma traiciones...
- BERTINALDO. Al buen Lotario le encuentra
pidiéndonos oraciones.
- EGILAN. ¿Cómo?
- BERTINALDO. Hoy se le decapita:
su fin con alma contrita
espera en un calabozo.
- EGILAN. Si la muerte de ese mozo
daño mayor no suscita....
En fin, prosigue.
- BERTINALDO. Al volver
el rey, que es de hoy á mañana,
la hija de mi viuda hermana
de Recesvinto iba á ser
esposa: fiebre tirana
repentina se ha cebado
en Berengarda de modo,
que anoche.....
- EGILAN. Por tu criado
sé que huérfana ha quedado
la gloria del pueblo godo.
Es en virtud peregrina,
es en gracias tu sobrina
Heriberta única, sola,
divina.
- BERTINALDO. Pues la divina
Heriberta es española.
- EGILAN. Bertinaldo, eso es urdir
un cuento sin artificio.
¿Puede aquel rostro mentir?
- BERTINALDO. Mi hermana en su entero juicio
lo ha declarado al morir.
- EGILAN. ¿A quién?
- BERTINALDO. Duque, á mi.
- EGILAN. ¿Seria
posible?
- BERTINALDO. Y en su agonía
dijo á la misma Heriberta:
«Es preciso que te advierta
que no tienes sangre mia:
sin padres tú, yo quedé
sin hija: fatal descuido
mio y sin disculpa fué;
con tu vida me libré
del furor de mi marido.»
No habló mas.
- EGILAN. Habló sobrado.
- ¿Y tú?...
- BERTINALDO. Siempre fui callado.
- EGILAN. Con que Heriberta....
- BERTINALDO. Aun no sabe
que es española: tan grave
revelacion la he guardado
para mi amigo, mi gran
apoyo, el duque Egilan,
Gobernador de Toledo,
tuyo soy: habla sin miedo.
- BERTINALDO. ¿Sin miedo?
- EGILAN. ¡Por San Millan!
- BERTINALDO. Si.
- BERTINALDO. Ya el Rey en nada fija
su atencion: caduco Flavio,
la edad á su fin le aguija.
- EGILAN. Pronto, sin hacerle agravio,
duerme en San Roman de Hornija.
- BERTINALDO. Cosa es clara y manifiesta
que el rey entonces y ahora
es Recesvinto.
- EGILAN. Que adora
en tu sobrina supuesta.
- BERTINALDO. Ella, aunque su stirpe ignora,
dirá á su esposo presunto
lo que sabe del asunto,
que mas amor le concilia.
- EGILAN. El te ha de exigir al punto
el secreto de familia.
- BERTINALDO. Si yo confieso de plano...
- EGILAN. Logra Recesvinto ufano
salir con su antigua traza.
- BERTINALDO. Deroga la ley de raza
y da á Heriberta la mano.
- EGILAN. Si es que juzgas preferible
fingir que es de noble cun
Heriberta....
- BERTINALDO. De ninguna
suerte: se le hará increíble
ficción tan inoportuna.
Como en fundar se fatiga
la proyectada igualdad,
él tendrá la habilidad,
aunque yo no se lo diga,
de suponer la verdad.
- EGILAN. ¡Oh! pues yo, desde el pasado
concilio, tengo jurado
no sufrir legislador,
que alce al pueblo conquistado
igual al conquistador.
El vencido, que soporte
su yugo, baja la frente:
¿por qué no fué mas valiente?
- BERTINALDO. La raza oriental del Norte
juega con las de occidente.
- EGILAN. Si ese terrible decreto
á darse llegára al cabo,
mañana quizás un nieto
mio se viera sujeto
al hijo de un casi esclavo.
Semejantes exenciones
no se adquieren con renglones
de tinta; cuestan mas caras:
den cosecha estas regiones
de Viriatus y Megaras.
¿Qué hazañas han merecido
que saquemos de villanos
á los que tanto lo han sido,
que se les llama *romanos*
porque hasta el nombre han perdido?
No será, no. Decision,
Bertinaldo.
- BERTINALDO. Fuera extremos,

y al caso. Di tu opinion.

EGILAN. En nuestras manos tenemos la suerte de la nacion.

BERTINALDO. A interés tan grande cede todo.

EGILAN. ¿Tienes donde quede esa muchacha escondida lo que le dure la vida?

BERTINALDO. No, ni eso fiarse puede á nadie, Egilan: ya ves... han de buscarla con celo.

EGILAN. Decide tú: me conduelo....

BERTINALDO. ¿De Heriberta?

EGILAN. Un ángel es.

BERTINALDO. Mas ángel fuera en el cielo.

EGILAN. Conde....

BERTINALDO. Puesta allí, preserva de transgresion á la ley.

EGILAN. Ello, en verdad, sangre sierva....

BERTINALDO. Donde el hacha no reserva ni aun la garganta del rey.....

EGILAN. Poco supone.

BERTINALDO. Cabal. Un tósigo... nada lento... que embargue la accion vital.

EGILAN. Sí.

BERTINALDO. Y el acontecimiento se achaca al dolor filial tan vivo que la combate.

EGILAN. Pero ese tósigo... quién?....

BERTINALDO. Quién dió con fatal dislate muerte á Berengarda, mate á la española tambien. Sal y dí á mi centurion que el preso de anoche pide, el médico.

EGILAN. ¿Ya en prision le tienes?

BERTINALDO. Le ha comprendido la ley de su profesion.

EGILAN. Voy pues. (Vase.)

J. E. HARZTEMBUSCH.

UNA PREOCUPACION (1)

NOVELA.

IV.

DIEZ AÑOS DESPUES.

Diez años despues, una hermosa mañana del mes de noviembre, dos señoras jóvenes y elegantemente vestidas

(1) Por un descuido involuntario, se nos olvidó advertir en el número anterior que esta novelita forma parte de las *Veladas de Invierno*, coleccion de novelas escogidas, imitadas y refundidas del francés que nuestro apreciable amigo y colaborador está preparando para la prensa.

salian de la iglesia del Buen Suceso. Al llegar á la calle del Carmen, la mas jóven, estrechando cordialmente la mano á su amiga, la dijo:

—¿Sereis bastante buena, mi querida Maria, para prestarme un pequeño favor?...

—Y veinte, contestó esta con afabilidad. Decidme lo que quereis.

—Tengo que pasar el dia con mi madre, que se halla bastante mala, y no podré ir á ver á cierta persona que acostumbro visitar todos los jueves. Si fuérais en mi lugar os lo agradecería en el alma.

—Sin duda se trata de alguna obra de caridad, eh?

—Pues... mi protegida es una jóven que parece á la vez muy desgraciada y de una familia muy distinguida. Su historia debe ser curiosa, pero la ignoro y conozco únicamente su miseria. Vive de su trabajo. Aqui están las señas de su casa y mi pequeña ofrenda, añadió la narradora poniendo una tarjeta y un ochentín en la mano de su amiga, y añadiendo en seguida:

—Hacedme el obsequio de decirla, ademas, que dentro de tres dias se pase por la tienda de modas de que la hablé. Me han ofrecido que le darán trabajo.... ¿Ireis?

—Al instante.

—Gracias. Abandono mi protegida á vuestros consuelos y filantropía. Si alguna vez se os ocurre valeros de mí en algo semejante, tendré un verdadero placer en retribuiros este servicio con usura.

—Eso no vale la pena... adios, ya nos veremos y os daré cuenta de mi comision.

Y la señora de Recarte, en vez de dirigirse á su morada que quedaba en la calle de Fuencarral, se encaminó al albergue de la pobre costurera.

Diez años habian trascurrido, clementes y lijeros para Maria, que conservaba con la frescura de la juventud esa expresion de calma y de pureza que añade un nuevo encanto á la fisonomia. La casta atmósfera que la rodeaba habia conservado en todo su esplendor la belleza interna que se reflejaba sobre su frente.

Rápida como la Caridad, pronto llegó á la casa que buscaba, situada al fin de la calle de Atocha. Atravesó un oscuro corredor y comenzó á subir una larga escalera que ocultaba en la sombra su interminable y negra espiral.

Subió escalones y mas escalones hasta que llegó á la boardilla, empujó la puerta que estaba entornada, y se encontró en una reducida habitacion, cuya única ventana caia sobre un melancólico horizonte de techos y chimeneas. Ningun adorno decoraba las paredes húmedas y mugrientas, y el solo aspecto de esta morada, oprimia penosamente el corazon. Los muebles se reducian á un catre de tijera, sin mas colchon ni cubiertas que una raída manta, á una cunita de pino, á una maleta vieja, á dos sillas de paja y á una mesa coja, encima de la cual se veian algunos pucheros de barro. Todo revelaba allí la mas profunda miseria.

Cerca de la ventana alcanzábase á divisar un bastidor, y en él un chaleco de casimir blanco medio bordado. La dueña de este miserable albergue, inclinada sobre su obra, metia y sacaba la aguja en el paño con una actividad febril. Su pensamiento volaba con mas rapidez que sus manos, y se echaba de ver el ansia con que se anticipaba á la conclusion de su trabajo.

Al ruido que hizo la puerta al girar sobre sus goznes, levantó los ojos, y viendo á una señora con vestido de seda, guantes y sombrero de terciopelo, se puso en pie precipitadamente. Estas dos mugeres, rica y considerada la una, pobre y hundida en el abandono de la miseria la otra, se contemplaron en silencio algunos instantes, y de pronto, como impelidas por una corriente eléctrica, devoraron la distancia que las separaba.... María abrió sus brazos, y la infeliz modista se arrojó en ellos llorando amargamente.

—¿Con que eras tú?... exclamó por último la primera, no bien el esceso de su emoci6n la permitió hablar; tú, á quien yo he buscado tanto tiempo en vano y que tantas lágrimas me has hecho derramar. ¡Al fin te estrecho en mis brazos!

—¡Ah! sois vos, contestaba Luisa con voz entrecortada por los sollozos y gemidos; vos alma noble y generosa, que yo no supe conocer y á quien tanto y tan inmerecidamente ultrajé. Pero el cielo es justo.... ved el castigo que ha tenido mi falta.

—Hija mia, todo puede aun repararse: no pensemos mas en el pasado. Has vuelto á encontrar una madre, una hermana, y yo ¿podré esperarle? una leal y cariñosa amiga.

—¡Oh! sí, sí! El tiempo se ha encargado de justificaros; la reflexion me ha hecho apreciar vuestro carácter; ha caido la venda de mis ojos, y entonces os he comprendido, he sentido verme lejos de vos, y.... os he amado!

—Quizá te ofendí alguna vez involuntariamente; quizá no tuve suficiente maña para captarme tu confianza.

—No; era una *preocupacion* la que me perdió; creia que no siendo vos mi madre, no podriais interesaros por mí. ¡Tarde conocí mi error, cuando ya no tenia remedio!

—¿Y ahora.... cuál es tu posicion?

—¡Me encuentro viuda y con un hijo, y apenas me atrevo á preguntaros por.... mi padre!

—Vive y está bueno: tambien se ha aumentado la familia, y tienes, mi querida Luisa, una hermana y dos hermanitos mas.

—¡Gracias, gracias, Dios mio! repitió la jóven alzando los ojos al cielo con sublime expresion de intenso placer. ¡Vive mi padre y es feliz! Esta dichosa nueva me sirve de consuelo y dulcifica todas mis desgracias.

—Cuéntame tu historia, desde que huiste de nosotros.

—Os la referiré en pocas palabras. No podria sin avergonzarme, contaros las prevenciones que abrigaba contra vos en la época que os desposásteis con mi padre. Os odiaba sin saber por qué, y bastaba que me hiciérais una insinuacion, que me diérais un consejo para que efectuase lo contrario. Por lo mismo que desaprobábais mis relaciones con Vives, me empeñé en corresponderle; y por lo mismo que defendiais á Santabel le cobré una aversion decidida.

Cuando me separé de mi padre, el dia en que me habló de este ventajosísimo enlace, ¡que ojalá se hubiese realizado! arrebatada de un impulso que no fui dueña de reprimir, tomé la pluma y escribí un billete á Ignacio. Una criada de casa secundaba esta miserable intriga. Ya sabeis lo que pasó. Abandoné el techo paternal y autorizada por mi edad y por las leyes, contraje este matrimonio funesto; ¡pero ay! llevé al pie de los altares la cólera del autor de mis dias, precursora de la venganza del cielo.

Apenas casados, Ignacio reclamó mi legitima materna; conducta alevé que me afectó en extremo porque comprendí

debía acabar de envilecerme á los ojos de mis padres y de mi familia. Por mas ruegos que le hice para que desistiera de semejante idea, nada pude conseguir. Este fué el primer eslabon de la larga cadena de padecimientos que me reservaba la Providencia.

El juego devoró una parte de mi fortuna; el resto desapareció en especulaciones ruinosas de bolsa. Muy pronto tuve que empeñar mis alhajas para hacer frente á las mas perentorias necesidades de la vida.

No paró aquí mi infortunio; y las angustias y humillaciones que entonces sufrí, eran solo el preludio de otras mayores. ¡Cuántas veces, cuantas, recordé bañada en lágrimas nuestra última conversacion! ¡Cuántas veces me repetí á mí misma vuestras palabras!... habia perdido el amor de mi padre, el respeto del mundo y no habia logrado fijar el corazon de aquel por quien lo habia sacrificado todo. Celos amargos, sentimientos ocultos y reconcentrados, y un temor vago del porvenir despedazaban mi alma. Mis ilusiones de muger se desvanecieron con la última moneda de mi fortuna. La pasion de mi marido habia sido un vil cálculo; buscaba lejos de mí otras distracciones y placeres. Sola frecuentemente, me entregaba á mi profunda melancolia y lloraba sin cesar. Cuando veia á Ignacio, sufría en los breves instantes que pasaba á mi lado todos los caprichos de su maldito humor: sobre mí descargaba la nube de su cólera. Hasta tenia la poca delicadeza de acusarme de su mala suerte y de la triste situacion en que nos encontramos, gracias á sus locuras y extravíos.

A los tormentos del corazon, á las penas que me causaban rivalidades indignas de mí, se unieron las inquietudes de la falta de recursos, las exigencias de la vida material, las visitas y reclamaciones de los acreedores y todo ese infierno de pequeñas miserias, que trae consigo la carencia absoluta del dinero. La muerte era preferible á una vida tan fatigosa y precaria. Llegué á pensar en ella, y poco faltó para que buscase en el suicidio el término de mis padecimientos.

Entonces, como os he dicho ya, me acordé de vos, de vuestros consejos y de las prudentes y maternales advertencias con que habiais intentado alejarme del precipicio á que me arrastraba mi deplorable ceguedad. Entonces os conocí y apreció vuestra generosa conducta; no obstante, por grandes y sinceros que fuesen mis remordimientos, jamás me hubiera atrevido á volverme á presentar delante de mi padre. ¿Y para qué ofrecerle el triste espectáculo de una desgracia irremediable?...

—Debiste acudir á nosotros, dijo la esposa de Recaurte. Yo siempre hubiera intercedido por tí...; pero continúa tu lamentable historia.

—Mi marido me abandonó, pero volvió á mi lado al cabo de cinco años abatido, desengañado, cansado del mundo y viejo antes de tiempo. En mis tristes dias de soledad y abandono yo habia tenido la dicha de no abatirme y confiar en la bondad de Dios: el sentimiento religioso se despertó en mí y me prestó fuerzas para sufrir con resignacion mi infortunio. Era madre y esposa, y resolví llenar dignamente los sagrados deberes que ese estado me imponia. Trabajé: costuras, bordados, copia de música, traducciones del francés, pinturas á la aguada... todo era bueno para mí; nada me parecia demasiado difícil ni mal retribuido con tal que lograrse ganar la suficiente para mantener á mi hijo y á mi marido.

Al cabo de dos años recibí el único consuelo que me era dado esperar: vi morir á mi esposo tranquilo, resignado y arrepentido sinceramente de sus errores. Poco tiempo después, vencida yo por el exceso del trabajo, á consecuencia de los gastos que me ocasionó la enfermedad de Ignacio y las vigiliias y malas noches que pasé á la cabecera de su lecho, caí gravemente enferma. Sabe Dios lo que hubiera sido de mí, á no haberme deparado la suerte el conocimiento de vuestra amiga. Se habian agotado todos mis recursos, y debí á su caridad el no morir de hambre. No me quejo de esta última humillacion; era el medio escogido por la Providencia para que volviese á veros y pudiera recibir vuestro perdón y esperar el de mi padre.

María lloraba... roguemos á Dios que así suceda, murmuró con tristeza. Recaurte ha jurado no volverte á ver.

—¿Será posible?... ¿mi padre, ni aun solicitado por vos se dignará perdonarme?

—Mucho trabajo costará; pero confio en la bondad divina que al fin se compadecerá de tu desgracia: Carlos olvidará su juramento, pero será preciso que trascurra algun tiempo. Conviene preparar antes el terreno.

—Señora pongo mi suerte en vuestras manos; y ojalá su perdón alcanzase, si no á la hija culpable, al nieto inocente que ninguna culpa tiene de la falta de su madre.

—¿Dónde está tu hijo?... quiero verlo.

—Ahora está en la escuela.... En la escuela de los pobres, y siento no poderle dar una educacion esmerada. Es hermoso, amable, inteligente...

—¡Ah! Luisa, te juro que me moriré de pena si no consigo en breve que todos formemos una sola familia.

—¡Quiéralo el cielo!... que vea yo á mi Arturo sobre las rodillas de su abuelo, y luego que caiga sobre mí la losa de la tumba, moriré contenta.

Aquí se abrazaron de nuevo las dos interlocutoras; y luego se separaron.

V.

LA NOCHE-BUENA.

Nadie ignora la costumbre que hay en Madrid y en casi todos los pueblos de la cristiandad, de reunirse los parientes y amigos la noche de Navidad y celebrar el nacimiento del Hijo de Dios con alguna modesta colacion ú opipara cena, segun la posicion y recursos del jefe de la familia.

Esta costumbre patriarcal reúne un torno del hogar doméstico á parientes quizá divididos antes, á amigos que no se veian mucho tiempo hacia, arrastrados en el torbellino del mundo ó en las mil ocupaciones de una existencia laboriosa y agitada.

Don Carlos Recaurte conservaba ese gusto á las reuniones de familia, ese culto de los penates, tesoro fecundo en gratos recuerdos para los viejos, y en saludables ejemplos de union y concordia para los jóvenes: así la funcion de Noche-Buena, se celebraba en su casa con todo el esplendor de los tiempos antiguos. Su carácter, un tanto escéntrico, le privaba de invitar á sus amigos, y se contentaba con reunir á sus parientes, cuyo número era bien escaso por cierto: reducianse estos á un primo lejano, á su cuñada Dolores, á sus hijas, y mas tarde á sus padres políticos.

Una feliz coincidencia debida en parte á los manejos de

María, hizo que en el año de que vamos á ocuparnos, por la vez primera, ni el primo, ni la cuñada, ni las niñas, ni los deudos, ni nadie acudiese á su invitacion, alegando todos á última hora un pretesto razonable. Sin duda se tramaba algun complot para sorprender agradablemente á don Carlos.

Desde muy temprano, María lo disponia todo y arreglabá la mesa con un esmero particular. Sus preciosos niños, tan buenos como inteligentes, la rodeaban. Eulalia, la mayor, colocaba simétricamente varias frutas en las fuentes destinadas al efecto: Hector aprendia de memoria una décima que debia recitar al concluir la cena, y el pequeño Luis, sentado cerca de la chimenea sobre un tapiz, se entretenia en formar castillos con un monton de naipes que tenia delante, y en derribarlos de un soplo. De repente se oyó un campanillazo, y los tres niños exclamaron á un tiempo: «ya está papá.» Corrieron en seguida á la puerta del comedor, y antes que su padre entrase se disputaban sus besos en el dintel. María contemplaba con secreta ternura aquel grupo encantador en el que se confundian la vejez y la infancia; los cabellos blancos con los negros y rubios, y los rostros infantiles con la frente surcada de arrugas, sello venerable que habian impreso en ella los años, el trabajo, y tal vez algun pesar escondido en lo mas hondo del pecho.

Cuando su esposo se aproximó, María le tendió la mano.

—¡Cómo! preguntóla él sorprendido; no ha venido nadie.... ¿Era verdad lo que yo creí una broma?

—Si, amigo mio, respondió ella. Cenaremos solos.

—¡Paciencia! ¿qué se ha de hacer?... Así como así, teniéndote á ti y á mis hijos, todo el universo está conmigo. Vamos á la mesa.

A esta invitacion cada uno ocupó su puesto; la alegría y jovialidad de los niños animó la cena. Educados cristianamente, respetaban tanto como amaban á sus padres; no tenian otros amigos que ellos, y cuando sus tiernos corazones rebosaban de placer, lo derramaban en el seno paternal.

Trajeron los postres, y con ellos una magnífica torta de almendras y dulce. María la dividió en seis partes, y colocó una en un plato colocado al lado de su marido.

Luis, el mas pequeño de los niños, preguntó al punto á su madre:

—¿Di, mamá, para quién guardas eso?

—Para algun desgraciado, para alguno digno de mejor suerte, encanto mio.

—Siempre buena y compasiva, añadió afectuosamente Recaurte. Casi me atreveria á adivinar para quién va destinado ese presente.

—De seguro que no lo acertarás.

—¿A que sí?

—Dilo, pues.

Don Carlos pronunció el nombre de cinco ó seis personas, y tuvo el disgusto de ver que se habia equivocado.

—Me doy por vencido, exclamó: sácame ahora de dudas si no hay inconveniente.

—Con mucho gusto, si no tienes obstáculo en recibir á tú mesa á la persona en cuestion. ¡Si supieras cuánto placer me proporcionarías en ello!

—¿A mi mesa? ¿qué significa eso y á quién te refieres?....

María se puso en pie, cogió una mano á su marido, hizo

una señal, y los criados los dejaron solos; los niños la contemplaban con inquietud, y dejaban leer en su bello y espresivo semblante la curiosidad y el temor

—Habla, repitió don Carlos, presintiendo vagamente lo que iba á decirle.

—Amigo mio, todos tus hijos no están aqui..... y sin embargo esta es una cena de familia.

—¿Por qué me dices eso?... Si todos mis hijos no están aqui ¿es por culpa mia? ¿He dejado nunca de amarlos y velar por ellos? ¿He desconocido jamás mis deberes de padre? ¿No ha sido ella, *ella*, la ingrata, quien ha abdicado con su indigna conducta los derechos y la ternura de una hija?

—La cegaba su pasión.... y ya ha espiado su falta..... ya está arrepentida.... ¡Si me amas y no has renunciado á las afecciones de padre, perdona á tu pobre hija, que harto desgraciada es ya!

—¿Tú la has visto?... ¿sabes donde se oculta? preguntó Recarte con ansiedad, sin poder contener las lágrimas que corrían á lo largo de sus mejillas.

Abrióse la puerta de un gabinete cercano, y Luisa, que allí oculta habia escuchado toda la conversacion, salió y se arrojó á las plantas del anciano, repitiendo:

—¡Perdon, padre mio, perdon!

Maria cogió por la mano al pequeño Arturo, y los otros niños se agruparon á su alrededor.

—¡Vete! gritó el irritado padre rechazándola; ¡vete! podría olvidar tu ingratitude conmigo; pero no las ofensas que has hecho á mi muger.

—Mi única venganza, la única que deseo, es que me vuelvas á mi hija mayor y adoptes á nuestro nieto.

—Que donde pasó el verano pase el invierno; que se va-

ya con él.... con el hombre cuyo amor fatal ha preferido á nuestro cariño.

—¿Y dónde ha de ir?... viuda, sola, pobre, abandonada.....

Al oír estas palabras, don Carlos clavó con avidez sus ojos en el rostro y en el traje de Luisa; sus facciones cada- véricas, su aire enfermizo y abatido, y sobre todo la pobreza de su vestido, dieron en tierra con su fingido enojo. En vano intentó dominar su corazón, sus nobles instintos triunfaron de las sugerencias de su autoridad burlada y su afecto menospreciado.

—¡Viuda, sola, pobre, abandonada! repitió el anciano con acento de indecible angustia; pues bien, Luisa, te queda un padre y también á tu hijo. ¡Ven á mis brazos!

Luisa se precipitó en ellos.... tomó la mano á su padre, la besó y la regó con sus lágrimas.

—Mucho me has hecho sufrir, añadió el buen viejo; pero te perdono, y te bendigo lo mismo que á tu hijo.... Ya me he olvidado de todo, y de hoy en adelante ocuparás en mi familia y en mi corazón el lugar que antes tenias.

Maria colocó á Arturo sobre las rodillas de su abuelo, y Luisa, hondamente conmovida por este último rasgo de su corazón noble y generoso, se arrojó en sus brazos diciéndola deshecha en llanto.

—Así os vengas de mis injusticias y funesta *preocupacion*.

¡Ah! ¡por qué no os comprendí y he sido tan ingrata con vos!

—Silencio, murmuró Maria imprimiendo en sus labios un tierno y prolongado beso; silencio. ¡Desde hoy empieza para nosotras una nueva amistad, que no concluirá sino en la tumba!

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

GEOGRAFIA PINTORESCA



Tipos y trages mejicanos, á la puerta de una venta.

ÍNDICE POR ÓRDEN DE MATERIAS.

ESTUDIOS HISTORICOS.

- RECUERDOS VIVOS DEL REY PELAYO; por don Nicolás Castor Caunedo, pág. 1.^o
 LA PRIMERA EDAD; por don F. F. Villabrilte, pág. 21.
 EL MILAGRO DE LOS MONGADAS; por don Joaquin Ferrandis, pág. 25.
 CONQUISTA DE LA ZELANDA; por don F. F. Villabrilte, pág. 55.
 SESION BORRASCOSA DEL SENADO ROMANO; por don F. F. Villabrilte, pág. 57.
 PRIMER DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS CANARIAS; por don F. Janer, pág. 94.
 DON PEDRO IV DE ARAGON, llamado el Ceremonioso, por don José Quevedo, página 98.
 IDEM; conclusion, pág. 132.
 EL MONGE REY; por don F. F. Villabrilte, pág. 129.
 LA TOMA DE ORAN; por idem, pág. 161.
 COMUNIDADES DE CASTILLA; por don Antonio Ferrer del Rio, pág. 164.
 IDEM; conclusion, pág. 179.
 TRADICION DE LA HISTORIA DE ESCOCIA, pág. 182.
 EL CONVENIO DE VERGARA; por don F. F. Villabrilte, pág. 187.
 UN JURAMENTO EN EL SIGLO XII; por don Saturnino Gonzalez y Requena, pág. 204.
 DON ALFONSO EL MAGNO; por don F. F. Villabrilte, pág. 209.
 LA JORNADA DE MARTOS; por don F. F. Villabrilte, pág. 254.
 LA CONQUISTA DE MALLORCA; por idem, pág. 246.
 ANÉCDOTA HISTÓRICA.—El pájaro salvador; por don I. A. Bermejo, pág. 274.

FIESTAS RELIGIOSAS.

- FIESTAS CRISTIANAS; pág. 265.
 pág. 266.

ESTUDIOS DE VIAGES.

- ALEJANDRIA, pág. 17.
 IDEM; conclusion, pág. 45.
 CHINA.—MACAO; por don F. Sepúlveda, pág. 50.
 IDEM HONG-KONG; por id., pág. 82.
 UN RECUERDO DEL SCHUPRA.—CAIRO; pág. 102.

- FORTALEZA DE ALLAHABAD; por don F. Janer, pág. 116.
 VIAGE A ITALIA, pág. 122.
 IDEM; continuacion, pág. 145.
 IDEM; conclusion, pág. 171.
 RECUERDOS DE PORTUGAL; por don B. Vico, pág. 157.
 SINGAPORE; por don F. S. Sepúlveda, página 194.
 BERNA Y LOS BERNESES, pág. 213.
 LOS BUSCADORES DE ORO, pág. 253.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

- LA SEÑORITA DE RIVAN, pág. 155.
 LOS VESTIDOS NUEVOS DEL EMPERADOR, cuento danés, de Andersen, pág. 190.
 UNA PARTIDA DE CAZA, pág. 209.
 LA LLAVE DE GENTIL HOMBRE; por don I. A. Bermejo, pág. 249.
 SUEÑOS Y FLORINA, pág. 251.
 LA PREOCUPACION; novela, por don Alejandro Magarinos y Cervantes, pág. 254.
 IDEM (conclusion); pág. 285.
 EN UN ALBUM; por don J. A. de los Rios, pág. 258.
 LA CASTELLANA DE MONFORT, leyenda histórica del siglo XIV, por F. J. y G.,
 EL LIBRO DE MEMORIAS; por don L. M. de Larra, pág. 269.
 ESTUDIOS SOBRE MI JARDIN; historia de una Margarita y de una espiga de trigo, pág. 271.
 EL MAS RICO DE LOS PRINCIPES; pág. 280.
 LA HIJA DEL DESHOLLINADOR.—Historia de un retrato de Mad. Mirbel, pág. 276.
 EL PARAISO DE MAHOMET, pág. 281.

ESTUDIOS MORALES.

- A QUÉ PRECIO SE ADQUIERE LA CELEBRIDAD; por E. Berthoud, pág. 3.
 LA ALMOHADA DE UNA JÓVEN; pág. 65.
 ¿A QUÉ HORA SE LEVANTAN LOS PÁJAROS?; por don F. Janer, pág. 69.
 UNA LEYENDA A PROPÓSITO; pág. 115.
 UN MENDIGO DEL SIGLO XIV; pág. 190.
 SIMON EL VETERANO, novela de costumbres, por don I. A. Bermejo, pág. 211.
 IDEM; conclusion, pág. 256.
 CELOS CONTRA CELOS; por don I. A. Bermejo, pág. 225.

- DIÁLOGO ENTRE UNA MADRE Y SU HIJA; pág. 255.
 MEMORIAS DE UN MAESTRO DE ESCUELA; pág. 262.
 EL REFUGIO; pág. 278.

HISTORIA NATURAL.

- LA MENSAGERA DE BIGOTES; pág. 23.
 EL PERRO DE AGUAS, MEDOR; pág. 56.
 EL CACHALOTE, pág. 145.
 LA LANGOSTA; pág. 167.
 LA CIGARRA DE LAS ARENAS; pág. 200.
 EL PLEIOSAURO DE CUELLO LARGO; página 225.
 LOS ROSALES MORALISTAS; pág. 241.

ESTUDIOS LITERARIOS.

- UN ÁNGEL; pág. 74.
 IDEM; conclusion, pág. 106.
 LA JUVENTUD DE LINNEO; pág. 79.
 A RIOJA; (poema) por doña Carolina Coronado, pág. 90.
 EL MENESTRAL DE GERMUND; (leyenda alemana) pág. 102.
 COSTUMBRES ESPAÑOLAS; por don Antonio Flores, pág. 220.
 ESCENA DE UN DRAMA INÉDITO; por don Juan Eugenio Hartzenbuch, pág. 235.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

- PINTORES CÉLEBRES; Francisco Moya.—Bartolomeo Bremberg.—Guaspere Pousin, pág. 5.
 RETRATO DEL ARZOBISPO DE CANTORBERY; por Holbein, pág. 49.
 HERMALDE; pág. 73.
 DIOGENES; pág. 81.
 ANTIGUEDADES ARTÍSTICAS; pág. 89.
 LOS MONUMENTOS DE PARÍS; pág. 91.
 BAJOS RELIEVES DE LA IGLESIA DE LA CELLE, departamento de Eure, en Francia, pág. 97.
 LOS HERMANOS LE NAIN, pág. 159.
 EUSTAQUIO DE SUEUR, pág. 204.
 FILOPEMENO; por Rubens, pág. 216.
 AVENTURAS DE UN CUADRO DE LOS HERMANOS LE NAIN; por M. de L. F., página 250.
 TALLER DE ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS; pág. 259.

ÍNDICE POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

- | | | |
|--|---|--|
| <p>¿A QUÉ HORA SE LEVANTAN LOS PÁJAROS?; por don F. Janer, pág. 69.
 A QUÉ PRECIO SE ADQUIERE LA CELEBRIDAD; por E. Berthoud, pág. 3.
 A RIOJA (poema); por doña Carolina Coronado, pág. 90.</p> | <p>ALBUM (en un); por don J. A. de los Rios, pág. 258.
 ALEJANDRIA, pág. 17.
 IDEM; conclusion, pág. 45.
 ALFONSO EL MAGNO (don); por don Francisco F. Villabrilte, pág. 209.</p> | <p>ALMOHADA DE UNA JOVEN (la); pág. 65.
 ALLAHABAD (fortaleza de); por don F. Janer, pág. 116.
 ANGEL (un); pág. 74.
 IDEM; conclusion, pág. 106.
 ANTIGUEDADES ARTÍSTICAS; pág. 89.</p> |
|--|---|--|

- ARAGON (don Pedro IV de). llamado el Ceremonioso; por don José Quevedo, página 98.
 IDEM; conclusion, pág. 152.
 ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS (taller de); pág. 259.
 AVENTURAS DE UN CUADRO DE LOS HERMANOS LE NAIN; por M. de L. F., página 250.
 BAJOS RELIEVES DE LA IGLESIA DE LA CELLE, departamento de Eure, en Francia, pág. 97.
 BERNA Y LOS BERNESES, pág. 218.
 BUSCADORES DE ORO (los); pág. 258.
 CACHALOTE (el); pág. 145.
 CAIRO, un recuerdo de Schupra; página 102.
 CANARIAS (primer descubrimiento de las islas); por don F. Janer, pág. 94.
 CASTELLANA DE MONFORT (la); leyenda histórica del siglo XIV; por F. J. y G., pág. 266.
 CANTORBERY (retrato del arzobispo de); por Holbein, pág. 49.
 CAZA (una partida de), pág. 209.
 CELOS CONTRA CELOS, por don I. A. Bermejo, pág. 225.
 CIGARRA DE LAS ARENAS (la); pág. 200.
 COMUNIDADES DE CASTILLA; por don Antonio Ferrer del Rio, pág. 164.
 IDEM; conclusion, pág. 179.
 CONQUISTA DE MALLORCA (la); por idem, pág. 246.
 CONQUISTA DE LA ZELANDA; por don F. F. Villabrilie, pág. 55.
 CHINA.—MACAO; por don F. Sepúlveda, pág. 50.
 IDEM, HONG-KONG; por id., pág. 82.
 CONVENIO DE VERGARA (el); por don F. F. Villabrilie, pág. 187.
 COSTUMBRES ESPAÑOLAS; por don Antonio Flores, pág. 220.
 DIÁLOGO ENTRE UNA MADRE Y SU HIJA, pág. 255.
 DIOGENES; pág. 81.
 ESCENA DE UN DRAMA INÉDITO; por don Juan Eugenio Hartzembuch, pág. 285.
 ESTUDIOS SOBRE MI JARDIN.—Historia de una margarita y de una espiga de trigo, pág. 271.
 EUSTAQUIO DE SUEUR; pág. 204.
 FIESTAS CRISTIANAS; pág. 265.
 FILOPEMENO, por Rubens, pág. 216.
 HERMANOS LE NAIN (los); pág. 159.
 HERMALDE; pág. 75.
 HIJA DEL DESHOLLINADOR (la); Historia de un retrato de Mad. Mirbel, pág. 276.
 JORNADA DE MARTOS (la); por don Francisco F. Villabrilie, pág. 254.
 JURAMENTO EN EL SIGLO XII (un); por don Saturnino Gonzalez y Requena, página 204.
 JUVENTUD DE LINNEO (la); pág. 79.
 LANGOSTA (la); pág. 167.
 LIBRO DE MEMORIAS (el); por don L. M. de Larra.
 LLAVE DE GENTIL HOMBRE (la); por don I. A. Bermejo, pág. 249.
 MEMORIAS DE UN MAESTRO DE ESCUELA; pág. 262.
 MENDIGO DEL SIGLO XIV (un); pág. 490.
 MENESTRAL DE GERMUND (el); leyenda alemana, pág. 102.
 MENSAGERA DE BIGOTES (la); pág. 25.
 MILAGRO DE LOS MONCADAS (el); por don Joaquín Ferrandis, pág. 25.
 MONGE REY (el); por don F. F. Villabrilie, pág. 129.
 MONUMENTOS DE PARÍS (los); pág. 91.
 PÁJARO SALVADOR (el); anécdota histórica, por don I. A. Bermejo, pág. 274.
 PARAISO DE MAHOMET (el); pág. 181.
 PERRO DE AGUAS, MEDOR (el); pág. 56.
 PINTORES CÉLEBRES; Francisco Moya.—Bartolomeo Breemberg.—Guaspere Pousin, pág. 5.
 PLESIOSAURO DE CUELLO LARGO (el); página 225.
 PREOCUPACION (la); novela por don Alejandro Magariños y Cervantes, pág. 234.
 IDEM (conclusion); pág. 285.
 PRIMERA EDAD (la); por don F. F. Villabrilie, pág. 21.
 PRÍNCIPES (el mas rico de los); pág. 230.
 RECUERDOS VIVOS DEL REY PELAYO, por don Nicolás Castor Caunedo, pág. 1.
 RECUERDOS DE PORTUGAL, por don B. Vico, pág. 157.
 REFUGIO (EL); pág. 278.
 ROSALES MORALISTAS (los); pág. 244.
 SEÑORITA DE RIVAN (la); pág. 155.
 SESION BORRASCOSA DEL SENADO ROMANO, por don F. F. Villabrilie, pág. 57.
 SIMON EL VETERANO, novela de costumbres, por don I. A. Bermejo, pág. 211.
 IDEM; conclusion, pág. 256.
 SINGAPORE, por don F. Sepúlveda, página 194.
 SUENON Y FLORINA, pág. 251.
 TOMA DE ORAN (la); por idem, pág. 161.
 TRADICION DE LA HISTORIA DE ESCOCIA, pág. 132.
 UNA LEYENDA A PROPOSITO, pág. 145.
 VESTIDOS NUEVOS DEL EMPERADOR (los); cuento danés, de Andersen, pág. 190.
 VIAGE A ITALIA, pág. 122.
 IDEM; continuacion, pág. 145.
 IDEM; conclusion, pág. 171.

